

La subjetividad como terreno de disputa

Ensayos teórico-metodológicos acerca de lo social hoy

Alfredo Juan Manuel Carballeda



 **amargen**

LA SUBJETIVIDAD

COMO TERRENO DE DISPUTA

ENSAYOS, TEÓRICO-METODOLÓGICOS ACERCA DE LO SOCIAL HOY

ALFREDO JUAN MANUEL CARBALLEDA

LA SUBJETIVIDAD COMO TERRENO DE DISPUTA.
ENSAYOS, TEÓRICO-METODOLÓGICOS ACERCA DE LO SOCIAL HOY



EDITORIAL **margen**

Carballeda, Alfredo Juan Manuel

La subjetividad como terreno de disputa. / Alfredo Juan Manuel Carballeda. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Margen, 2022.

110 p; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-47749-4-1

1. Trabajo Social. 2. Política. I. Título.

CDD 361.3

Maquetación interior y exterior: Editorial Margen

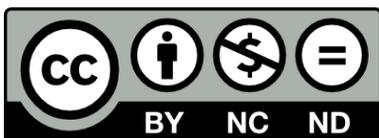
Editorial Margen – Cooperativa de Trabajo Margen Ltda.

Miller 2036 PB "A" / Ciudad Autónoma de Buenos Aires C1431GDF / Argentina

+54 011 4522 8113

correo@margen.org

www.margen.org



2022. Esta obra se edita bajo Licencia Creative Commons Atribución – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

PRESENTACIÓN

Una necesaria mirada a la historia en clave de presente y futuro

Compartimos en este libro una serie de reflexiones que atraviesan diferentes puntos de interrogación que surgieron en los últimos años. Nos planteamos la necesidad de trabajar con más y nuevas categorías de análisis. La revisión de la historia es una vía de entrada que suele ser interesante y en muchos casos nos muestra la persistencia de los discursos, tanto de los dominadores como de los oprimidos. La historia da cuenta de la lucha, la resistencia, la construcción colectiva y las estrategias que se desarrollan luego de las derrotas.

Intentamos organizar algunos textos, ponencias y reflexiones que nos interpelan y nos invitan a nuevas formas de mirada y reflexión. El libro abarca —de una manera abierta— una serie de temas que interpe-laron como reflexión especialmente en contexto de pandemia. Incorporando las características del ensayo como estilo propio nos interesa dejar abiertas preguntas y formular posibles respuestas, dispersiones y continuidades; pero fundamentalmente la persistencia que hace que, en definitiva, sintamos el deseo de formar parte de una escritura que integre lo colectivo. En especial trabajamos algunos temas que, desde nuestro punto de vista, sobresalen en los últimos años. Estos tienen una serie de perfiles que construyen nuevas formas de interpelación a lo social en términos de análisis e intervención:

- Los impactos de los procesos de exclusión social y los interrogantes acerca de los caminos de reparación en la complejidad de los escenarios actuales.
- La incorporación de la noción de Deseo, atrapado tal vez en algunas doctrinas y escuelas psicológicas pero con una fuerte declaración de su mirada social y la generación de nuevos diálogos.
- La revisión de categorías como Capital Social desde una perspectiva descolonial que saque a esa noción de la lógica puritana desde donde surgió.
- Los nuevos fenómenos, con sus nuevas significaciones como las migraciones y los movimientos masivos de población como formas de resistencia y reclamo.
- Lo territorial como puente hacia lo americano, lo propio desde la idea ancestral de que “somos territorio” y no simplemente habitantes o transeúntes sobre éste.
- La importancia del trabajo desde algunas categorías instrumentales, como la escucha en la intervención social.
- Las nuevas corporalidades como interpelación a las prácticas en diferentes campos de intervención.
- La negación del Otro como acto violento y político, consecuencia y permanencia de la colonialidad.
- La subjetividad como terreno de disputa, el impacto del neoliberalismo, la construcción subjetiva de una sociedad ausente.
- Las nuevas corporalidades.
- La noción de vulnerabilidad social.
- La ruptura biográfica como categoría de análisis.

CAPÍTULO 1

Hacia una topografía del pensamiento descolonial

“La libertad de los pueblos no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles solamente. Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad; y este cántico maquiavélico es muy compatible con las cadenas y opresión de los que lo entonan. Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad”.

Mariano Moreno. Decreto de Supresión de Honores.

Lo social como cuestión en Nuestra América

Los inicios de la cuestión social en nuestro continente se vinculan con los efectos de la conquista en el marco de la Modernidad naciente. Como consecuencia, los problemas sociales que surgen están estrechamente relacionados con la fragmentación de las sociedades conformadas por las culturas originarias, su saqueo y expoliación. En ese proceso de dominación, la diversidad, lo diferente, trocó lentamente en desigualdad.

Esa desigualdad se constituyó en una conjunción de factores económicos, políticos, culturales y sociales. No implicó solamente una

tensión entre capital ni trabajo tal como se expresó en Europa; fue además un producto de actos de depredación, saqueo, sumisión, humillación, masacres y desencuentro entre unos y otros. De allí que la cuestión social se manifieste en América también a partir de una hecatombe demográfica de la que el continente tardará más de tres siglos en recuperarse, con el consecuente empobrecimiento y disgregación producto de diferentes formas de explotación y violencia.

La conquista y las diferentes formas de colonización en siglos posteriores se encargaron también de sembrar la diáspora, el odio, la fragmentación. De unos pocos Virreinos surgieron multiplicidad de países que, en muchos casos, entablaron guerras entre ellos, las que en realidad representaban tensiones entre las corporaciones británicas y estadounidenses aliadas con las oligarquías vernáculas. De este modo demarcaban fronteras para hacer de las nuevas geografías algo más explotable y funcional a los intereses empresarios coloniales. La cuestión social se hizo así más compleja. Nuestra América fue víctima de sus riquezas y de quienes minoritariamente las acumularon y negociaron asociados con quienes nos sometieron, tal como continúa sucediendo.

Enfermedades, masacre de poblaciones, hambre, miseria, estigmatización, son algunos efectos de la cuestión social en América, donde las primeras victorias de los colonizadores no sólo se expresan en lo militar sino fundamentalmente en la ruptura del lazo social de los dominados, lo que trajo nuevas formas de construcción de la subjetividad. Culturalmente lograron, a través de todo tipo de violencias objetivas y subjetivas, que se denigrara lo propio y se exaltara lo ajeno. Así la desigualdad se inscribió en los cuerpos de una sociedad de castas organizada a través de la noción de “raza”.

Mientras tanto, el producto económico del saqueo y la expoliación de América sirvieron para financiar la revolución industrial europea

y por qué no, también a la misma clase intelectual que se oponía a ésta. Surgió así una especie de casta de intelectuales que miraba muy poco a nuestro continente y cuando lo hacía, solía sobresalir desde una superficialidad atravesada por la indiferencia que ratificaba muchas veces el discurso de los dominadores.

Desde esta perspectiva, la cuestión social americana es una expresión del colonialismo que comienza a constituirse cuestión nacional a partir de naciones, culturas y civilizaciones agredidas, desvinculadas de sus tradiciones, de sus formas de producción, de su sabiduría y de su historia.

Desde diferentes formas de relato se nos enseñó que América estaba “vaciada” de culturas, seres humanos y pensamientos. Que América estaba fuera de una historia que los filósofos de las “luces” concebían como única y esencialmente superior. Se intentó “poblarla” con mano de obra esclava; así, innumerables contingentes de africanos llegaron a un mundo desconocido donde eran vendidos, torturados, humillados, para no muchos años después habitar las periferias de la exclusión junto con los originarios, los criollos y los desposeídos que la colonización dejó de necesitar.

El continente se describió como un interminable vacío desde lo geográfico, lo histórico y lo cultural, que sólo era ocupado por “salvajes” que desmerecían y mal utilizaban la opulencia que Dios y la Naturaleza les habían regalado.

El orden, la organización, la conformación de lo que llamamos sociedades era asimilado o destruido en la medida en que los conquistadores avanzaban. Otra forma de cultura y una religión ajena se imponían también por la fuerza coadyuvada por la eliminación de esos otros que ni siquiera eran reconocidos como tales.

Así, el uso de la fuerza, la aniquilación y el desprecio justificaron —y también en gran parte justifican aún en el siglo XXI— la conquista y

la colonización, esencialmente la desigualdad. Tal vez la peor de las ocupaciones y conquistas sea aquella que niega la condición humana de quien es saqueado, invadido o humillado.

La penetración de esa forma de construcción discursiva a través de la minuciosa elaboración de relatos y de explicaciones “científicas” y “racionales” fue tan potente que generó una idea de vacío en la que las ausencias comenzaron a generar temor y operaron en algunos americanos que vieron en la semejanza con Europa el único camino de la salvación frente la barbarie. Así surgió la idea de “civilización”, que justificó el aniquilamiento y la opresión de lo propio en nombre del progreso y las luces, como las ideas únicas y necesarias para resolver las crecientes conflictividades. De este modo, aquello que no se asemejaba a la racionalidad occidental debía ser domesticado o nuevamente arrasado.

Las grandes extensiones de tierras donde se hizo invisible al conquistado fueron construidas en los imaginarios de los conquistadores como peligrosas y lugar de asiento de nudos de resistencia desconocidos que de una u otra manera debían ser aniquilados, tal vez porque el desierto comenzó a abrumar desde su propia extensión prometiendo pequeños espacios de barbarie que como formas de resistencia desconocidas invitaban a no ser exploradas. Recién a fines del siglo XIX esas tierras serán arrasadas por un nuevo genocidio que la historia oficial denominó Conquista del Desierto, ratificando la existencia del vacío en esas inmensidades, negando nuevamente la condición humana de quienes lo habitaban.

El desierto como Pampa expresaba la ausencia de las certezas que prometía la civilización. Desde allí emanaba una especie de peligrosa e intrincada cadena hilvanada a través de la falta de seguridades, racionalidad, civilización occidental y pensamiento racional. La barbarie constituía una especie de ausencia, que para los conquistadores y

sus descendientes generaba la extraña sensación de ubicarse dentro de un territorio sin pensamiento, sin historia, sin relatos. El desierto —y todo lo que lo habitaba— generaba temor. De este modo, a esos paisajes se les atribuyó una característica casi mágica, como así también herética, que motivó que se los acusara de trastocar y deformar racionalidades. De esa manera, esos territorios comenzaron a ser considerados peligrosos, especialmente por indomables y crueles, generando de esa forma el mejor preludeo para la justificación de más y nuevos genocidios.

La cuestión social desde una perspectiva americana. La lucha por la dignidad y la solidaridad

“América Latina se fue fabricando como algo desplazado de la modernidad, un desplazamiento que asumieron los intelectuales y estadistas latinoamericanos, y se esforzaron por ser ‘modernos’, como si la ‘modernidad’ fuera un punto de llegada y no la justificación de la colonialidad del poder”.

Walter Mignolo.

La noción de cuestión social desde una perspectiva americana requiere de un análisis y estudio de sus características propias, singulares, además de ser necesariamente contextualizada en este continente, es decir en sus aspectos originales y generales que muestran diferentes formas de expresión de los problemas sociales en el devenir de su construcción histórica a través de una serie de comunes denominadores.

La existencia de una serie de circunstancias y acontecimientos similares muestran la posibilidad de expresar una visión de la cuestión social desde un pensar situado en América.

Una vía de acceso a estos temas puede pasar por el estudio de la tensión entre cohesión y fragmentación en las sociedades americanas a través de la historia que se construye a partir de la conquista, especialmente desde los condicionantes que la acechan, reelaboran y la constituyen.

La invasión produjo en los pueblos originarios actitudes de resistencia y conflictividad ligadas a mantener —a pesar de la conquista— su forma de sociabilidad, sus rituales, su relación con la tierra, tratando de lograr que éstas sobrevivieran y logaran reproducirse, construyendo una forma de resistencia cultural.

Cuando la sociabilidad es transformada por el devenir del tiempo, la violencia —material y simbólica— además del mestizaje, hace que otras y nuevas formas de problemas sociales comiencen a presentarse en forma paulatina y progresiva.

Cohesión Social, integración, solidaridad

La conquista trajo en sí misma nuevas formas de desigualdad, problemas sociales y dificultades, pero básicamente la pérdida —en parte— de los mecanismos de reparación de la fractura de la sociedad, tanto desde su constitución objetiva como subjetiva. De este modo, esas formas de conflictividad también produjeron modalidades de construcción de lazos sociales ligados a la resistencia sociocultural.

La cuestión social es entonces la consecuencia de una serie de factores económicos, políticos, sociales y culturales, que en el caso de América no necesariamente se vinculan mecánicamente con las se-

cuelas laborales, sociales e ideológicas de la industrialización que se expresaron en Europa, sino que se introducen en tramas mucho más complejas que penetran la historia.

La ruptura de la cohesión social de las culturas originarias a través de la violencia de la conquista es una muestra clara de las diferencias en el origen de la cuestión social entre ambos continentes. Las nuevas formas de la expresión de la cuestión social americana son el producto de una masacre en la que una civilización implanta por la fuerza sus propias formas de sociabilidad, despreciando las existentes, tratando de eliminarlas, imponiendo a los vencidos el contrato social de los vencedores.

De ahí que las diferentes formas de integración de las sociedades americanas existentes antes de la llegada de los europeos, generadas en el medio de la violencia de la conquista, puedan ser un elemento significativo para el estudio de los orígenes y desarrollos actuales de la noción de cuestión social.

De este modo, el análisis histórico de las condiciones sociales de América da cuenta de una multiplicidad de factores que se imbrican en forma singular según cada circunstancia económica, política y cultural.

La relación entre cuestión social y ligazón de la sociedad a través de las diferentes tensiones que condicionan la sociabilidad se presenta en la práctica cotidiana del Trabajo Social en forma de problema social o necesidad. La intervención en lo social está siempre allí donde la cohesión se fractura o se daña. Y desde sus propias capacidades y conocimientos intenta resolver o mitigar sus efectos.

La cuestión social puede ser entendida desde distintas visiones. Una posibilidad es conferirle una perspectiva dinámica que se vincule con diferentes momentos históricos, contextos y situaciones. De este modo, si la cuestión social se refiere al surgimiento de problemas sociales, éstos adquieren otras formas de relevancia y percepción que se presentan de manera diversificada según cada época. La cuestión

social se caracterizaría, entonces, por poseer una forma especial y cambiante en sí misma, dado que es construida a partir de una multiplicidad de puntos problemáticos que se van mudando en relación a su visibilidad e inclusión en la agenda pública.

Por otra parte, si la cuestión social también remite a la problemática de la integración de la sociedad, los problemas sociales serán producto de las dificultades de construcción y sostenimiento de ésta.

La noción de cohesión social en América implica una modalidad de comprensión y explicación diferentes a partir de la modernidad. Desde esta etapa, la integración de la sociedad es responsabilidad de los hombres, dejando de lado la relación de la integración del todo a partir de la religión y de la simbología en la que el Rey corporiza y representa ese estado.

Desde la letra del vencedor, el contrato social será la representación ficticia de esa unión e integración societaria. Sus características, su cumplimiento, la generación de desigualdades sociales como consecuencia del mismo, los acuerdos de mantenimiento de derechos previos, estarán fuertemente ligados al origen de la cuestión social concebida desde la perspectiva de la unificación de la sociedad.

De allí que pueda ser necesario analizar los elementos constitutivos de la noción de cohesión social, para desde allí rastrear el origen de la cuestión social, además de ubicar conceptualmente el sentido del término. De esta manera, la cohesión social puede ser entendida como la capacidad de cada sociedad para asegurar el bienestar de todos sus miembros, minimizando las disparidades y evitando las polarizaciones.

La noción de cohesión social en las sociedades actuales se encuentra más centrada en los derechos de los individuos a partir de los cambios y transformaciones que generan nuevas formas de sociabilidad y solidaridad. La cohesión social, de esta manera, se vincula con circunstancias ligadas a temas de diferentes órdenes que dialogan con

el derecho a pertenecer, las posibilidades de integración a espacios de libertad individual, expresión política y justicia social.

La cohesión social también puede ser entendida como una forma de protección social que se basa en el establecimiento de vinculaciones solidarias entre los miembros y en las relaciones de proximidad existentes en una sociedad (Castel, R., 2004). La cohesión social también se imbrica naturalmente con dimensiones como las condiciones de desigualdad, pobreza y exclusión. Pero para que exista cohesión social, tal vez sean necesarias una serie de condiciones que atraviesan temas más profundos. La cohesión social se construye a través de la solidaridad, la dignidad, la igualdad y la justicia. Así, estos conceptos son definidos desde las propias coincidencias, discrepancias y luchas entre los distintos sectores societarios a través de la historia. De esta manera, la base de la cohesión social es la solidaridad.

La solidaridad, entendida desde una perspectiva más ligada a lo social, implica una impresión subjetiva y objetiva a través del cual las personas se sienten reconocidas como tales, de esa forma unidas y compartiendo intereses, ideales y obligaciones. La solidaridad como tal implica que, dentro de una sociedad, los integrantes reconocen a sus miembros como personas con derechos y deberes.

La noción de solidaridad fue mutando en su devenir histórico admitiendo diferentes concepciones. En primer lugar, fue concebida desde la perspectiva de la responsabilidad. En ese sentido, la solidaridad es posible si existe responsabilidad como un atributo obligatorio, contratado, no concebido desde pautas histórico culturales; es decir que la responsabilidad estaba ligada con lo jurídico y, dentro del marco de la modernidad, especialmente dentro de la esfera de los deberes. A través del tiempo —y en la actualidad— la noción de responsabilidad obtuvo una connotación más vinculada con lo relacional, pero sin lograr desprenderse de sus significaciones ligadas con las obligaciones y los deberes.

Más allá de las diferentes visiones, la solidaridad implica la existencia de un otro que está dentro de la sociedad y que forma parte del todo social. Esto significa la aceptación de ese otro como igual, es decir digno, mientras que la dignidad del sujeto es tal siempre y cuando éste pueda sostener su propia autonomía. La cohesión social se transforma de ese modo en un concepto complejo de delimitar, dado que se vincula a una serie de factores subjetivos y objetivos que se expresan dentro de las contradicciones de la modernidad, el capitalismo, la colonialidad y sus diferentes manifestaciones en cada época.

Otra posibilidad se expresa a partir de la idea de integración como sinónimo de cohesión. La palabra integración se origina en el término de origen latino “integratio”, es decir la acción y efecto de integrarse —como una forma de efecto y acción— y de integrar o integrarse, o sea conformar parte de un todo, recuperando a los sujetos faltantes o reinscribiendo a los que faltaban. De allí se articularían las nociones de integración e inclusión social.

La integración social se convierte de este modo en una forma de acción de las políticas sociales. Estas concepciones también cuentan una historia de pujas, conflictos, derrotas y victorias en contextos variados y complejos que acompañan los acontecimientos históricos propios del continente americano luego de la conquista.

Es en estas luchas donde pueden reconocerse, tal vez más fácilmente, las peleas por la construcción de la ciudadanía en América. Las múltiples formas de resistencia de los pueblos americanos no hablan de otra cosa que de su lucha por la dignidad, del derecho a ser parte de la sociedad en condiciones de igualdad. La puja por la dignidad atraviesa más de quinientos años de obstáculos, avances y retrocesos. La dignidad dentro de un todo, la dignidad en acto, muestran el horizonte de la intervención en lo social en la medida que ésta implica un otro que construye en conjunto el lazo social y la integración.

La cuestión social hoy. Una mirada desde la intervención en lo social

Hoy, en el siglo XXI, tal vez haya algo más que un malestar en la cultura. Hay quizás una civilización hipócrita y depredadora que la codicia está haciendo estallar y que con ella probablemente se lleve injustamente a todo el planeta. En ese saqueo se puede encontrar un nudo en el que los padecimientos actuales conjugan, sin barreras, tanto lo objetivo como lo subjetivo.

Los tiempos que vivimos son inciertos y confusos, la búsqueda de certezas se transforma en un camino sinuoso en el que la primera trampa venenosa y fácil de caer es el odio. Resulta la certidumbre más dolorosa, tanto para quien odia como para quien es odiado. La crueldad, la humillación, el desprecio, son tal vez las formas que muchas veces dan una engañosa sensación de saciedad que como un barril sin fondo, en poco tiempo va a necesitar más formas de alimentar a la bestia que las genera.

La sociedad toda atraviesa este padecimiento. Desde los diferentes mecanismos de dominación se intenta quebrar, fragmentar el lazo social, logrando más formas de dominación asentadas en la incertidumbre. Quizás sea relevante en estos tiempos reafirmar que lo único que es invariable para toda cultura, civilización y sociedad, es la solidaridad.

El abordaje de una problemática social implica intentar conocer el proceso que la construyó, el impacto subjetivo y objetivo que genera y su diálogo con las condiciones desde lo microsocio y territorial donde se asienta. No se trata solamente de protocolos, estadísticas y planificaciones. Es quizás más sencillo: sólo debemos preguntarnos para qué y por qué estamos interviniendo en lo social.

De allí que en la Intervención en lo Social las relaciones entre los componentes que constituyen la demanda y la respuesta a ésta no

son elementos separados, independientes y aislados. A partir de estas cuestiones, la intervención puede ser entendida como un proceso de análisis en el que, desde lo singular, se produce una construcción de saberes que surgen desde las diferentes formas de interpelar a la Cuestión Social expresada como Problema Social.

Intervenir en lo social es intentar reescribir el texto que se presenta como inamovible, alterando una escena que proviene de una trama en la que los caminos de lo necesario se muestran como dificultosos, complejos, imposibles.

La intervención reescribe en la medida que sepa qué decir, qué recuperar; en definitiva, qué inscribir en nuevos textos que marquen una orientación hacia lo propio, lo genuino, donde nuevamente lo Otro se presente como lugar de verdad, de explicación, de construcción de acontecimiento.

La genealogía de la cuestión social

El estudio genealógico de la cuestión social tiene amplias características que pueden llevarnos a un análisis más profundo de estos temas. Es posible pensar la cuestión social más allá de la sumatoria mecánica de una simple serie de determinantes económicos, que muchas veces llevan a visiones fatalistas de los problemas sociales que —coincidentalmente con el discurso conservador— muestran la imposibilidad de que los condicionantes de los problemas sociales puedan ser resueltos por quienes los padecen.

De este modo, a quienes portan los problemas sociales se los describe como un efecto de la degradación moral que inevitablemente caracterizará a las clases desposeídas, tornándose la cuestión social en una cuestión moral, en algunos casos por falta de religiosidad y en otros por ausencia de conciencia transformadora.

La historia de los últimos quinientos años americanos muestra una tensión permanente entre integración y desintegración sociocultural, como así también una búsqueda incesante de la cohesión perdida como consecuencia de la conquista.

De ahí que el estudio y análisis de la cuestión social en nuestro continente requiere indefectiblemente un pensar situado en América, que posibilite conocer esencialmente cómo los conceptos y categorías de análisis se atraviesan con esas formas de singularidad y sirvan fundamentalmente para dar dirección y sentido a las Políticas Sociales y la Intervención Social.

Bibliografía

- Carballada, Alfredo (2008). La Cuestión Social como cuestión nacional, una mirada genealógica. *Margen*, N° 51. Disponible en: <https://www.margen.org/suscri/margen51/carbal.html> [Consultado en Abril de 2022]
- Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. 4ta. reimpresión. Buenos Aires : Paidós, Estado Sociedad.
- Foucault, Michel (2004). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires : Ed.Siglo XXI.
- Rosa, José María (1974). *Historia Argentina*. Buenos Aires : Editorial Oriente.
- Walsh, Catherine (2002). Capítulo 1. Las geopolíticas de conocimiento y colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo. En Catherine Walsh, Freya Schiwy, Santiago Castro-Gómez (Eds.), *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo Andino* (p. 18). Quito; UASB/Abya Yala.

CAPÍTULO 2

Algunas consideraciones sobre la noción de Exclusión Social y el concepto de Re-Inscripción

“En el barrio carecían de código, pero todo hacía pensar que tenían uno. No lo había, pero funcionaba igual. Era un código instintivo, que estaba más allá de lo evidente (la calidad de ropa, el color de la piel y el pelo, la dicción, la manera de andar) que por supuesto incluía personal doméstico. En líneas generales lo que se hacía era ‘marcar’ a los cuerpos extraños, principalmente con la vista, transmitiéndoles la sensación de estar vigilados: una insolencia muy efectiva, avalada y practicada por todo el barrio, incluido un buen número de mascotas”.

Sergio Bizzio. Rabia.

La Inscripción y la Dimisión

La etimología de la palabra Inscripción evoca a una acción relacionada con preservar la memoria a partir de formar parte de un relato vinculado con lo colectivo. En otras palabras, también la Inscripción puede ser entendida como un requisito para formar parte de algo, de pertenecer a un todo en común.

Quien se inscribe —o reinscribe socialmente— adquiere una forma, lugar, percepción, diferentes a las que poseía. Es posible pensar a la Inscripción como producto de la cultura, la historia y diferentes procesos sociales. La promoción social, de esta manera, es una forma de inscripción societaria. Asimismo, disímiles sectores se pueden inscribir en la sociedad en tanto ingresan a una esfera de reconocimiento, promoción social, derechos y dignidad.

Por otra parte, los procesos de vulnerabilidad social, en tanto productos de la exclusión y el desamparo, implican una forma de expulsión del “todo social” que deja afuera a un Otro por diferentes circunstancias; políticas, económicas, históricas, socioculturales y étnicas: una forma de desafiliación.¹

Así la exclusión social puede ser leída como una expulsión, que estigmatiza, segrega y causa diferentes formas de padecimiento tanto objetivo como subjetivo. En ese aspecto la exclusión, dialoga con la vulnerabilidad, es decir, la construye a partir de desgastar e incluso deslegitimar las diferentes formas de la inscripción social.

La exclusión social, puede ser entendida como un proceso, una construcción, en la cual, a partir de una serie de condiciones subjetivas y objetivas que fueron siendo degradadas, borradas, negadas e incluso atribuidas, construyen la condición de no pertenencia a un todo social que generan una forma de expulsión que se transforma

1. Se puede observar que la construcción elaborada por Castel del concepto de desafiliación como debilidad de los soportes del individuo moderno —y el cual está fuertemente vinculado con el lugar que este último tiene en la división social del trabajo y en las redes de sociabilidad— pierde su fuerte acento estructural y fijo con la perspectiva genealógica que retoma de la propia lectura desde Foucault (Arteaga Botello, Nelson, 2008).

en exclusión. En el ingreso a un lugar donde no se “es”, donde el afuera de éste se traduce en una forma de invisibilidad e incluso de rechazo. Un espacio que remite a la falta de reciprocidad en la vida cultural, económica y social por falta de derechos, recursos y acceso a los Derechos Sociales.

Estas cuestiones suelen ser producto del abandono de Políticas, Instituciones y Sistemas de Protección Social que implican diferentes recortes en las condiciones de ciudadanía, derechos sociales y autonomía. Como así también la expulsión y segregación a partir de procesos de rechazo social a quien se considera nocivo, peligroso o de riesgo.

En tanto proceso, la exclusión se edifica en la biografía, va generando diferentes marcas, construye trayectorias y diferentes formas de padecimiento.

De esta manera, la exclusión social es producto de una construcción, de una visión expulsiva que se articula en lo formal, en la intersubjetividad, incluso en el sentido común. También puede ser asociada a prácticas de estigmatización y segregación hacia diferentes grupos y sectores sociales a través de relaciones intersubjetivas, institucionales y políticas.

A su vez, la exclusión construye una forma de subjetividad desde la idea de estar “fuera” de la sociedad, de no pertenecer, que atraviesa los lazos sociales en tanto tramas de apoyo social; una construcción de identidad a través de la segregación que reproduce, como profecía autocumplida, el mandato de formas discursivas y pensamientos hegemónicos.

De esta forma existe un deslizamiento que va de la Inscripción a la Dimisión. Es decir, la Dimisión es el producto de la exclusión social. Así, la Dimisión implicaría algo tal vez más intenso y complejo que la mera Exclusión, conjugando una mezcla de abandono y resignación producto de la imposición violenta, incluso de la pérdida de la

condición humana; una forma de entrega que asume el mandato del opresor y acepta la desigualdad como irrefutable, incorporándose a habitarla e incluso utilizarla como estrategia de sobrevivencia.

La Reinscripción

La complejidad de los procesos de Exclusión Social a través de la tensión entre la Inscripción y la Dimisión, implica la necesidad de estrategias de Intervención Social y desarrollo de Planes y Políticas Sociales más complejas. Si la exclusión social generase sólo un proceso de desafiliación, alcanzaría con el desarrollo de acciones formales de Promoción Social, Políticas Públicas y facilitación de la Accesibilidad a diferentes tipos de Instituciones de Acción Social para que esta situación sea resuelta. Puede ser entendido como un derecho que implica dos formas de responsabilidad, por un lado la de la sociedad que generó la desigualdad —lo que significa entenderla como reparación— y por otro la de defender aquello que se adquiere de manera colectiva, no como un “logro” individual.

La Reinscripción implica una forma de transitar un recorrido de retorno a una sociedad, a un todo social que abandonó, expulsó o empujó a multitudes hacia los complejos y tenebrosos lugares de la exclusión, generando una serie de problemas, padecimientos y conflictos. Como tal, es un proceso en el que lo subjetivo cobra un valor clave. Así, la reinscripción es social y singular, dialoga con el territorio y se imbrica desde lo macro social.

La estigmatización que acompaña a la exclusión, al ser presentada como un atributo profundamente desvalorizado, produce un efecto negativo, una etiqueta o marca que construye el proceso de Dimisión, por lo que es posible trabajarla desde una perspectiva que básica-

mente la deconstruya. La Reinscripción, como estrategia de Intervención, se propone como una manera de deconstrucción que tiene como horizonte la recuperación de atributos inherentes a la condición humana de ese otro, la recuperación de la dignidad, es decir la posibilidad de ejercicio de la autonomía.

El concepto de deconstrucción parte de la idea que plantea a los discursos sociales —en este caso a los que rodean a los procesos de exclusión social— como generadores de “verdad”. De este modo, desde la perspectiva de la intervención en lo social, la deconstrucción implica la alteración de la gramática de los discursos que actúan como constructores, justificativos y generadores de atributos de la Exclusión Social.

La Intervención en lo social tiene la posibilidad de convertirse en un dispositivo de deconstrucción; en definitiva, como una forma de disrupción que desorganiza y permite organizar de nuevo, alterando el orden de lo dado, actuando como constructora de acontecimientos.

Bibliografía

- Arteaga Botello, Nelson (2008). *Vulnerabilidad y desafiliación social en la obra de Robert Castel*. México : Sociológica, 23 (68), 151-175. Disponible en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732008000300006&lng=es&tlng=es [Consultado en Abril de 2022].
- Carballeda, Alfredo (2019). *Lo Histórico, lo teórico y lo metodológico*. Buenos Aires : Editorial Margen.
- Goffman, Erving (1985). *Estigma*. Buenos Aires : Ed. Amorrortu.

CAPÍTULO 3

Dispositivo, Deseo y Acontecimiento. La intervención y la construcción de saberes

“Lo verdaderamente difícil es desear, porque desear implica la construcción misma del deseo: formular qué disposición se desea, qué mundo se desea, para que sea el mundo que te conviene, el mundo que aumenta tu potencia, el mundo en el cual tu deseo discurra. El deseo se convierte de esta manera en el objetivo del desear, es un resultado, es en sí mismo virtuoso”.

Maite Larrauri. El deseo según Gilles Deleuze.

Intervención, Deseo

La Intervención en lo Social se nos presenta como un lugar de construcción de conocimiento que no es reconocido con frecuencia. En la Intervención, el problema social —aquello que se presenta en forma de interpelación en el lugar de la demanda— hace preguntas, dialoga, interactúa con diferentes formas de saber preconstruído. En otras palabras, la emergencia de lo que surge de la práctica interpela a la teoría, muchas veces la acorrala, la deja sin palabras, sin explicaciones, la llena de angustia; pero siempre deja un resquicio por donde el

deseo puede construirse. Allí quizás se encuentre el centro de la operación de quienes intervenimos en lo social. Esa demanda frecuentemente sugiere apelar a la propia experiencia, incluso a otros campos de saber para construir desde allí nuevas preguntas.

No se trata de tener siempre la respuesta adecuada, se trata de lo que genera la inscripción de la pregunta en nuestra subjetividad y, de allí, la búsqueda de otras conexiones y relaciones, lo que Deleuze llamó “agenciamiento”.

Se conjuga de esa forma un proceso inverso y diferente que el que se propone en la construcción clásica del saber en la Ciencias Sociales. Ya no se trata de corroborar hipótesis o entender la situación de intervención como una “pregunta problema”. Se trata de lograr construir, en conjunto con el Otro, un “acontecimiento”, una forma de disrupción que altere el orden y produzca un hiato, una fisura para que emerja algo nuevo, diferente. Una alteración del orden para intentar ordenar de nuevo.

En clave de intervención en lo social, el hacer implica algo más que una tecnología. Ese momento de construcción está atravesado por el deseo, por el choque o cruce de ideas y conceptos donde a veces la chispa del conocimiento se produce en medio del encontronazo, del entrevero. Cuando intervenimos somos sujetos deseantes, no técnicos que aplican fórmulas o pasos sucesivos y preconcebidos.

El deseo, desde la perspectiva de Gilles Deleuze, es una producción social que se organiza mediante un juego de represiones y permisiones. Es posible pensar que no hay intervención social sin deseo. El análisis de la misma pasa por su forma, su sentido, su construcción, la visión ideológica que enmarca su elaboración de agenciamiento: “El deseo es revolucionario porque siempre quiere más conexiones y más agenciamientos” (Deleuze y Parnet, 2013; 90-91). Es decir produce, construye otras posibilidades y mundos que estaban ocultos antes de que éste emergiera.

De esta manera, cuantas más conexiones y órdenes existan, podrán constituirse más posibilidades de alterar un orden y cimentar uno nuevo. De ahí que intervenir sea desordenar para construir nuevos órdenes.

El concepto de “acontecimiento” surge como algo a lo que se le consagra la potencia de un pensamiento, además de ser aquello de lo que se origina de esa potencia. A partir de las obras de Jean Paul Sartre se convirtió en una expresión común en la filosofía de la segunda parte del siglo XX.

Desde la producción de “acontecimiento”, la finalidad de la intervención social puede entenderse no como un hecho que finalizará a partir de su surgimiento sino como una ruptura que genera un devenir que abre más y nuevas posibilidades.

La intervención puede entenderse como un dispositivo que produce acontecimiento, que hace ver, que abre más perspectivas, puntos de vista, planos de mirada y escucha.

Conocimiento, Deseo, Dispositivo

El conocimiento puede ser entendido como un dispositivo fundamentalmente abierto, nunca terminado, que se enriquece en la medida en que es interpelado, cuestionado, dado que se trata de una serie múltiple de datos interrelacionados que si son tomados por sí solos no aportan un valor definido.

La integración entre la información, la memoria y la interpelación construye una parte del dispositivo y quizás en esa interacción se produce “acontecimiento”. Es posible pensar que la construcción de “acontecimiento” surja de la operación que conjuga esos tres elementos, donde la información no es sólo lo objetivo del dato, sino la visión

que el hablante tiene de éste. La interpelación es cambiante, es decir que la pregunta cambia según diferentes condiciones objetivas y subjetivas y la memoria es fundamentalmente situada y afín a las creencias de quien la expresa.

Bibliografía

- Deleuze, G., y Parnet, C. (2013). *Diálogos*. Valencia : Pre-textos.
- Larrauri Gómez, Maite (2000). *El deseo según Gilles Deleuze*. Valencia : Ed. Tándem.

CAPÍTULO 4

La noción de Capital Social y la Intervención desde una perspectiva situada

Algunas aproximaciones

El denominado “Capital Social” es un concepto que proviene de las Ciencias Sociales y en principio se refiere a las características de los lazos sociales y sus entramados a nivel relacional, asociativo, de referencia y pertenencia en los que se inserta una persona, grupo, cultura o sociedad.

Algunos ubican sus orígenes a principios del siglo XX con Lyda Judson Hanifan en 1916 en EEUU, mientras se desempeñaba como supervisor de Educación Estatal en escuelas rurales. Hacía referencia a la relación entre participación comunitaria y logros escolares:

“El individuo está desamparado socialmente, si se lo deja solo. Si entra en contacto con su vecino, y ellos con otros vecinos, se producirá una acumulación de capital social, que podrá satisfacer inmediatamente sus necesidades sociales y que podrá tener una potencialidad social suficiente para la mejora sustancial de las condiciones de vida de toda la comunidad” (Putnam, 2000, p.19).

Para Pierre Bourdieu, quien retomó ese concepto muchos años después, el Capital Social se relaciona con la existencia y posibilidad de utilización de una serie de relaciones sociales que dan la certeza a sus integrantes para el acceso a un conjunto de recursos, tanto en el presente como potenciales.

En la década de los noventa del siglo pasado, la noción de Capital Social fue potenciada tal vez por los avances de la lógica neoliberal que generó una ausencia de seguridades desde la protección social, especialmente a partir del desmantelamiento del Estado de Bienestar y las garantías que otorgaban los dispositivos de seguridad social. De este modo, la construcción de contactos, circulación de información y cuidados, y especialmente el resguardo y el amparo, podían ser reemplazadas desde las relaciones interpersonales. En otras palabras, el Capital que se acumulaba a través de derechos conquistados y estabildades, se había difuminado y era reemplazado por algo diferente aunque similar: las relaciones sociales.

Junto con el concepto de Capital Social también se entrelaza el de Capital Simbólico, que en general se asocia con la confianza, honradez, generosidad y otros atributos que generan pertenencia dentro de espacios de confianza mutua. A partir de esos años, el Capital Social como forma de explicación abarcó muchísimas más esferas, especialmente por los aportes de James Coleman analizando los efectos del neoliberalismo y el daño generado por la desigualdad e incluso las condiciones del desarrollo o subdesarrollo.

Otro autor que marcó la década de los noventa —en este caso más vinculado con las Ciencias Políticas— también hace referencia a este concepto como una forma de respuesta y solución a un mundo cada vez más fragmentado, incierto y desigual. Se trata de Francis Fukuyama, autor de “El fin de la Historia y el último hombre”, texto que para muchos tuvo connotaciones excepcionales dado que negaba toda lu-

cha o tensión relacionada con la ideología y ubicaba a América Latina en el “barro de la historia”, olvidando invasiones, saqueos e imposición de dictaduras militares y dependencias económicas. Para este autor, el Capital Social se convertía en un elemento esencial para el funcionamiento del mercado y la democracia. Desde allí se justificaron las democracias de Mercado, la ausencia de Estado o un Estado “mínimo”, especialmente en sus aspectos relacionados con la regulación del Mercado y la Seguridad Social.

Capital Social e Intervención Social

Desde la intervención en lo social es posible organizar la noción de Capital Social, adaptarla a ésta y conferirle una significación que lo desprenda de una lógica orientada hacia lo económico, la eficiencia o el rendimiento, especialmente desde su vinculación con el concepto de necesidad asentada en una perspectiva de derechos.

La noción de Capital Social puede dialogar con la de vulnerabilidad, dado que desde la posesión de mayor o menor capital social es posible analizar la situación de vulnerabilidad de una persona e incluso puede transformarse en un observable de su situación y especialmente del impacto que sobre ésta tienen los problemas sociales que se presentan en las diferentes demandas de intervención en lo social.

Desde la intervención, el Capital Social se relaciona con los lazos sociales y con las tramas sociales que contienen, apoyan o hacen compleja la relación entre la persona y su mundo más inmediato. Determinados condicionantes sociales pueden restringir e incluso anular ese “capital” a través de presiones, injusticias, desigualdad y represión. En otras palabras, la sociedad, lo político, la economía, puede facilitar o desarticularlo. Desde esta perspectiva, el Capital Social no

se trataría de un atributo individual que la persona concibe sino del producto a nivel subjetivo y singular de lo que una sociedad genera o construye en y para cada integrante de ésta.

Asimismo, el Capital Social desde la Intervención puede ser entendido como un conjunto de recursos materiales y simbólicos que una sociedad provee y facilita hacia y desde lo colectivo y que se relacionan a través de diferentes inscripciones y sentidos en los que el Poder y el Deseo interactúan con el escenario de intervención.

Ese conjunto puede estar a disposición del sujeto o de los diferentes integrantes de un grupo, facilitando acciones que desde lo individual o lo social se vinculan con lo colectivo. Toda acción singular es producto de un contexto, de un juego de interacciones, de la memoria. En otras palabras, el Capital Social es esencialmente colectivo, surge del “nosotros” y no del “yo”, aunque se exprese singularmente, simplemente porque se construye desde allí, desde ese lugar con otros mientras las condiciones socioculturales son las que lo facilitan u obstruyen.

Desde esta perspectiva, el Capital Social requiere de dispositivos institucionales que estén allí, preparados para dar cobijo, reparación, apoyo y no ausencia cuando surgen diferentes formas de demanda.

La Intervención se transforma en un instrumento que tiene la posibilidad de recuperar Capital Social, desde lo singular, lo territorial y la Organización popular. No se puede construir Capital Social en soledad, se necesita de otros que compartan sueños y proyectos.

Para que haya Capital Social debe haber un Estado que acompañe esa construcción cuya finalidad sea la cohesión de la sociedad. No hay muchas posibilidades de construir Capital Social sin inclusión social y perspectivas de integración y movilidad dentro de una sociedad. Es decir que el Capital Social, en clave de Intervención en lo Social, tal vez se vincule más estrechamente con la pertenencia, con la iden-

tividad colectiva, con las prácticas que las construyen, muchas veces desde las múltiples formas de resistencia a la desigualdad.

Bibliografía

- Putnam, Robert D. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York : Simon & Schuster.

CAPÍTULO 5

El Territorio como dispositivo de intervención en lo social

“El universo es permanente, siempre ha existido y existirá, nace y muere dentro de sí mismo y solo el tiempo lo cambia”.

Pensamiento kichwa.

Algunas aproximaciones a una definición de Territorio en clave de intervención en lo social

El Territorio se nos presenta como un lugar² en el que se expresan singularmente –desde lo macro social– los aspectos relevantes de una sociedad. Allí se produce una suerte de retranscripción de los hechos, acontecimientos y situaciones que dan marco al contexto³

2. Lugar es entendido como lo contrapuesto a la noción de no-lugar de Marc Augé. Donde El lugar corresponde al ser y el no-lugar a un no-ser.

3. El contexto se define como un conjunto de circunstancias que condicionan hechos y acontecimientos sociales que pueden ser útiles para definir una situación tanto desde lo material como simbólico.

o clima de época⁴ que deviene, transcurre y se inscribe en historias, cuerpos y geografías.

En el Territorio, entendido como lo “meso social”⁵, el contexto se hace texto de manera singular, para luego reescribirse nuevamente a nivel grupal e individual dentro de diferentes espacios micros sociales.

El Territorio, en tanto lugar, se carga de historicidad, es el espacio del ser y del estar, es desde allí donde se hace posible la construcción del estar siendo.⁶ El Territorio, de esta manera, es fundamentalmente habitado, recordado, transitado, narrado.

El Territorio es también el lugar de complementación del ser y el estar, donde la estructura del pensamiento binario se pone en cuestión. De esta manera, el territorio se habita, se añora y se proyecta al futuro. Allí, en ese espacio denominado territorio, desde esa singularidad que en aquel lugar se construye, se expresan la diversidad de la comprensión y explicación de lo social en clave de problemas a resolver, la forma de percepción de éstos y su interrelación con las representaciones sociales. El Territorio singulariza la forma de comprensión y explicación de los problemas sociales, la percepción de los mismos, resignifica los imaginarios sociales que los rodean y desde allí se generan diferentes formas de inscripción de los mismos.

A su vez, el Territorio es un escenario de intervención y desde allí se transforma en Dispositivo. Como escenario de intervención posee

4. El clima de época sería una combinación de sucesos culturales, sociales, económicos y políticos que se dan en una época determinada.

5. Lo meso social es definido a partir de pensar la intervención en tres órdenes Macro, Meso y Micro Social.

6. El concepto de Estar Siendo es tomado de Rodolfo Kusch, implica habitar un lugar, ser en lo colectivo, así el ser y el estar no se contradicen sino que se complementan.

disímiles componentes escénicos, una forma de narrar, permitiendo visibilizar diferentes formas de construcción de la identidad y de elaboración de un proceso socio simbólico que es propio y que desde allí se hace texto a interpretar.

De esa manera es que la intervención en lo social tiene la posibilidad de desarrollar una forma de conocer que implica una forma de aprender a leer el territorio y también una construcción de conocimiento.

En tanto escenario, éste también construye distintas formas de expresión de la subjetividad en cada uno de los actores sociales que lo habitan y desde allí se elaboran sus papeles sociales como acciones con sentido.

El Territorio es también una construcción social⁷ que se realiza a partir de la interacción social desde relaciones intersubjetivas, lo que conforma diferentes formas de pertenencia e identidad que se ratifican a partir de una apropiación objetiva y subjetiva del espacio, en tanto lugar. Al construirse desde el relato, produce una apropiación del mismo, de ahí que se “es” territorio dado que se está en el lugar de las interacciones donde confluyen elementos económicos, históricos, políticos, culturales y ambientales. También, desde el relato se construye una forma de demarcación cartográfica de éste, generando más y nuevos sentidos que van desde los bordes y los márgenes a lo que transcurre dentro de él.

Pero también el territorio se lleva con uno mismo a partir de que confiere una forma de identidad que se inscribe en la memoria. En ese aspecto, la territorialidad construye una apropiación subjetiva del

7. Peter Berger y Thomas Luckman —en “La construcción social de la realidad” (1966)— afirman que el conocimiento y el sentido común son producto de la interacción social a partir de la creación de significaciones compartidas.

lugar, facilitando la construcción de identidad y pertenencia. Es también en ese lugar donde se producen diferentes tipos de relaciones de intercambio material y simbólico, generándose distintas formas de integración social. Así, una de las maneras en que se afianzan los lazos con los otros miembros de una comunidad es a través de interacciones sociales que se realizan en la vida cotidiana.

El territorio se transforma en el lugar del Acontecimiento, lo edifica como tal, le confiere características singulares, requiriendo de más y nuevas miradas que aporten elementos para comprender y explicar lo que surge de manera constante y se imprime en la identidad de quienes lo habitan. Deja de ser una zona, un área geográfica, para convertirse en parte de un dispositivo de intervención social que implica nuevas alternativas a la resolución del malestar y el padecimiento que se generan a partir de la fractura del lazo social, la exclusión, la pérdida de identidad y pertenencia colectivas. De esa manera, se transforma en una posibilidad de disrupción en la que la adaptación o la resignación tienen la posibilidad de ser algo transformable, proponiendo otros horizontes, quizás más cercanos a la búsqueda de nuevas formas de integración de la sociedad.

Dispositivo, Territorio y Acontecimiento

Un Dispositivo puede ser entendido como una red o trama que comprende un conjunto complejo que incluye a distintos componentes esencialmente múltiples, diversos, inestables y heterogéneos.

Además de estos diferentes componentes que en lo territorial se presentan como Instituciones, Organizaciones y Actores Sociales, también es posible incluir —dentro de la noción de dispositivo— a tradiciones, sistemas de código y sanción, incluso reglamentos y le-

yes, con las características materiales y simbólicas que lo atraviesan. El Dispositivo es en definitiva la red inestable que se establece entre todos los componentes que conforman la trama que sostiene a ese conjunto complejo. Pero fundamentalmente, un Dispositivo en clave de intervención en lo social se distingue por las interacciones entre sus distintos componentes, lo que éstas generan, construyen y cómo actúan desde allí. Su génesis es la respuesta a un acontecimiento (demanda) que lo hace aparecer, operar, actuar, de formas heterogéneas según diferentes circunstancias.

Lo que define al Territorio como Dispositivo podría analizarse desde dos aspectos que le dan movilidad, sentido, síntesis en el hacer: por un lado las relaciones de Poder entre cada uno de sus componentes y por otro lado, el Deseo.

La demanda —en tanto acontecimiento— construye nuevas formas de mirada y reacción frente a ella. De esta manera, al ser entendido como Dispositivo, el Territorio construye una serie de posibilidades, hace que sea abierto, es decir que permite múltiples interacciones tanto espaciales como temporales. El desarrollo de lecturas colectivas del pasado, además de perspectivas de futuro, se constituye en distintas formas de comprensión y explicación tanto como de resolución.

El Territorio como Dispositivo dialoga con la historia, el presente, el futuro y lo colectivo. Desde esa lógica tiene la oportunidad de construir nuevas formas de racionalidad que se aproximen a la búsqueda de la lógica del acontecimiento que genera la demanda de intervención desde una perspectiva situada y singularizada a través de los otros. También se encuentra con la posibilidad de operar articuladamente en función de resolverla, en una configuración en la que el lugar de lo Otro se transforma en un espacio de verdad. A partir de allí se hace posible construir diferentes formas de articulación transversal.

El Acontecimiento, en tanto demanda de intervención, promueve que el Territorio como Dispositivo construya diferentes formas de respuesta a través de un conjunto de prácticas que se plantean en un diálogo necesario con el contexto, implicando a la intervención en lo social en la recuperación, reconstrucción y elaboración de relaciones sociales basadas en la solidaridad.

A partir de la potencialidad de su sentido asociativo, el Territorio se puede leer como algo opuesto o alternativo que se vincula con nuevas formas de relación con los otros, la naturaleza y lo sagrado; una lógica que se aproxima a la noción del “Buen Vivir”, el “Sumak Kawsay” que recoge una visión del mundo centrada en el ser humano como parte de un entorno natural y social. De esta forma, el territorio le da un sentido diferente, cultural, colectivo, a las relaciones entre los componentes del dispositivo; tiene la posibilidad de poner en evidencia la relación entre práctica y discurso y generar nuevas tensiones en la relación entre saber y poder. En definitiva, el Territorio conjuga diferentes movimientos que pueden confluir en tres aspectos: la irrupción de Acontecimiento, el Poder y el Deseo.

La Intervención en lo Social, en tanto Dispositivo, tiene la posibilidad de que se transforme en un generador de Acontecimiento. Éste puede ser entendido como una disrupción que altera el orden de los significados y explicaciones, recuperando caminos abandonados o negados para comprenderlos de otra manera. Desde el Territorio se hace más previsible, dado que se aferra al sentido que surge de la memoria, de la identidad, de diferentes simbolizaciones.

“El acontecimiento emerge como un estallido diferencial de fuerzas, manifestándose en un estado de cosas” (Žižek, 2014, pp. 23-24). De esa forma, el Acontecimiento irrumpe, aparece de manera imprevista, no del todo planificada, proponiendo su propio campo dinámico de limitación. Así, se construye como algo que emerge y constituye al

ser, relacionándolo con el estar. El Acontecimiento es un proceso que transforma y multiplica la posibilidad de nuevas disrupciones. Es una síntesis de pasado y futuro que se conectan y desde allí moviliza, transforma. Irrumpe inesperadamente y pone en cuestión a la sucesión aceptada o estructurada de los hechos y circunstancias que rodean una situación.

Tomando conceptos de Gilles Deleuze, un Acontecimiento puede ser entendido como una línea de fuga, que desterritorializa para reterritorializar nuevamente.

La organización de diferentes maneras de resistencia, de aquello que logra desnaturalizar la dominación o que conecta con saberes negados u olvidados como una forma de disrupción, se constituye también en Acontecimiento en la medida en que se hace colectivo y repercute en todo el Dispositivo, de manera tal que lo redirecciona, le hace ver otros horizontes y posibilidades de operar.

El Dispositivo, como en un cimbronazo en sus múltiples juegos de articulación, construye su propia inestabilidad que facilita el ingreso y emergencia del Acontecimiento generándole nuevos sentidos.

Dispositivo, Territorio y Poder

La intervención también puede ser entendida como la posibilidad de desarmar, construir, para armar de nuevo a través de la recuperación de lo público, del espacio, para que éste sea nuevamente transformado, ahora por nuevas lógicas que recuperen la condición histórica y social de los sujetos de intervención.

La intervención social desde una perspectiva territorial se vincula con la búsqueda de nuevas conexiones, encuentros y diálogos. De este modo, por ejemplo, las artes como el teatro, el cine, los murales,

la música, se transforman en instrumentos de recuperación del lazo social perdido, de convocatoria a nuevas formas de relación social, propiciando otros lugares para la palabra, la mirada y la escucha, elaborando de esa forma nuevas instancias de intersubjetividad, tal vez alejadas de la incertidumbre y el individualismo que caracterizan a las sociedades en las que el mercado funciona como un Leviatán.

La intervención social se constituye así como un espacio de diálogo, reencuentro entre sujeto y territorio. Es decir, con su propia historia colectiva, con ese otro que lo complementa, con la cultura y el lazo social que lo contiene y lo configura dentro de una comunión de sentido. En este aspecto, la Intervención Social se transforma en una especie de catalizador, de fermento que facilita o acelera esos encuentros en la medida que hace ver el conflicto desde su sentido, su significado histórico social, sus conexiones causales y sus posibilidades de resolución.

Tomando algunos elementos de la Educación Popular, el proceso de intervención en lo social implica reconocer que el saber está en el medio que nos rodea, pero fundamentalmente en ese Otro segregado, excluido, oprimido. La Intervención Territorial tiene la posibilidad de generar nuevos intercambios y lógicas en espacios de socialización desgastados y a veces ausentes de sentido, construyendo otros, recuperando historias y sentido.

“Quizás el desafío de estos tiempos, entonces, esté dado en las formas de que seremos capaces de construir como sociedad, que permitan llevarnos a ese proceso de ‘desalambrar la comunicación’ y por ende desalambrar nuestras formas de pensar y nuestras formas de construir sentido” (García, 2010).

En síntesis, como un dispositivo que hace ver capacidades, habilidades, lo solidario, lo lúdico, lo histórico y lo expresivo que posee cada

territorio, cada individuo en su conexión con los otros. Donde se proponga un desorden, donde lo que se presenta como aparente desde el orden de lo real, pueda ser dicho desde otro lugar.

La palabra se transforma en un territorio compartido donde, tal vez, quien relata aprende de su propia vida. Intentando leer los fenómenos sociales en su multiplicidad de similitudes y des-emejanzas, en lenguajes reveladores de identidad.

Si el territorio es también historia, tiene inscripto en sí mismo las dificultades y también las posibilidades de resolución de los problemas. En la actualidad, la realidad se presenta como entreverada y compleja pero, quizás pueda ser dilucidada a través de formas de conocimiento que no busquen la exactitud objetiva, sino formas de aproximación subjetiva que puedan dar cuenta de parte de las imágenes y los sueños que nos rodean. Así, tal vez, es posible pensar nuevas formas de conocimiento de ésta que construyan relatos surgidos de la subjetividad de los actores sociales. Dado que la confusión que signa los espacios actuales de intervención requiere de nuevas historias que dialoguen con las viejas. Pero, posiblemente de prácticas que puedan emerger a través de otras formas de expresión, donde la construcción de nuevas subjetividades que favorezcan la constitución de nuevas formas de lazo social, recuperando la relación con uno mismo, los otros, la naturaleza y lo sagrado.

La intervención en lo social desde una perspectiva territorial implica salir a buscar y despertar las historias y significados que recorren las calles. Las historias del territorio también son las puertas de acceso a los barrios, las calles y las plazas. Como así también a la ciudad en general. De ahí que la intervención territorial pueda implicar una búsqueda diferente, orientada a las solidaridades, a la recuperación de las formas de protección social, entendiendo al lazo social como una forma de respuesta, reencuentro, visibilidad y reconfiguración

situada de presupuestos y categorías, tratando de construir acontecimiento, como una alteración única cuyos efectos pueden tener la capacidad de transformar el sentido de lo histórico, lo social y lo político.

Bibliografía

- Augé, M. (1992). *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la modernidad*. Barcelona : Ed. Gedisa S.A.
- Bamonte, F. M. (2020). *El “Estar-Siendo” en la antropología filosófica de Rodolfo Kusch*. Buenos Aires. Disponible en: <https://www.teseopress.com/estarsiendo> [Consultado en Abril de 2022]
- de Certeau, M. En: Augé, M. (1992). Op. Cit., p. 83.
- García, Alejo (2010). *Creando zonas liberadas. Página 12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/laventana/26-143838-2010-04-14.html> [Consultado en Abril de 2022]
- Žižek, S. (2014). *Acontecimiento*. Madrid: Editorial Sexto Piso.

CAPÍTULO 6

La escucha como proceso

“No es posible pensar en una sociedad libre si se acepta de entrada preservar en ella los antiguos lugares de escucha: los del creyente, del discípulo y del paciente”.

Roland Barthes.

Una mirada al contexto

La emergencia de más y nuevas problemáticas sociales implica una serie de nacientes desafíos. Los efectos del neoliberalismo nos muestran una América atravesada por la desigualdad y una inscripción en la memoria colectiva de una serie de padecimientos que, en el caso de la Argentina, marcan décadas de caída y exclusión social. Décadas de expoliación que dejan señales, inscripciones y pérdidas que son necesarias reparar, pero que como toda crisis profunda, nos muestra una posibilidad. Crisis puede significar nuevos desafíos, pero básicamente nuevas posibilidades.

Como si viviésemos en un territorio de posguerra, los argentinos solemos atravesar cotidianamente los desechos de un Estado dismantelado que transita un terreno de reconstrucción, que a veces se

interrumpe para luego continuar. A esto podemos agregar instituciones precarizadas y prácticas con legitimidad aún en caída.

Si bien existen voluntades para la construcción de un Estado que dé señales de querer volver a ser el garante de la solidaridad, éste se desenvuelve con dificultades de diversa índole que obstaculizan o lentifican la puesta en marcha de diferentes mecanismos de reparación de los lazos societarios, de las instituciones y sus sentidos.

En estos nuevos escenarios se expresan problemáticas sociales antiguas y actuales, teniendo como común denominador a los fuertes cambios de contexto, la desigualdad y el padecimiento en múltiples escenarios que muestran, en parte, intentos de reconstrucción pero también, muchas veces, la pérdida de certezas.

Así, las nacientes expresiones de la desigualdad, del malestar en tanto padecimiento, interpelan cotidianamente las prácticas. De allí la necesidad de dialogar con diferentes campos de saber, especialmente desde la construcción de conocimientos que den cuenta de nuestras necesidades prioritarias centradas en una mirada americana.

La escucha surge como una posibilidad en la necesidad de tener más y mejores instrumentos de intervención que den cuenta de estas nuevas interpelaciones.

La Escucha

La palabra escuchar proviene del latín “auscultare”, que significa prestar una singular atención a lo que se oye. Pero oír también es una acción fisiológica. Ésta puede ser entendida como una forma sonora que se relaciona con el contexto en que se oye, en definitiva, a través de una señal que indica algo que más tarde va a ser decodificado, como un ruido o una voz lejana.

En las instituciones, lo que se oye también está atravesado por significados que formarían el telón de fondo del escenario en el que la acción de escuchar se lleva adelante. Escuchamos en contexto, en espacios poblados de signos y significados. De esta forma, los sonidos de la institución le confieren una suerte de “musicalidad” que otorga características singulares, le da sentido y organización al relato, incluso, muchas veces, una acentuación diferenciada.

De ahí que la contextualización de lo que se oye sea el inicio de la construcción de la acción de escuchar. La palabra, la mirada y la escucha son instrumentos claves en las diferentes metodologías de intervención social. Forman parte de un mismo proceso y sólo podrían ser diferenciadas para un análisis individualizado de cada una de ellas. Así, un oído atento, un habla adecuada y el reconocimiento y manejo de silencios oportunos son parte de la construcción de la escucha como un proceso relacional cargado de sentidos singularizados. Los silencios, como en la música, forman parte de la escucha, dando cuenta de un fenómeno sumamente complejo en el que el habla, lo que se dice, tiene diferentes acepciones.

A su vez, las características de los relatos y las condiciones en las cuales los recibimos se relacionan con un contexto definido, un escenario y un territorio en el que este proceso se manifiesta y se construye en forma permanente.

Escuchamos en contextos y escenarios que tienen sus propias tonalidades, sonidos y silencios; éstos constituyen el telón de fondo de ese acto. Pueden ser hostiles o acogedores, facilitando u obstruyendo la interacción de quienes hablan.

La escucha implica entendimiento, selección de la información que surge de la palabra del Otro, intento de captar su lógica discursiva, determinación de los detalles importantes del relato, reflexión sobre el contenido de éste y análisis del sentido de lo dicho.

Pero también es posible entender la escucha como una acción que se ubica en un proceso histórico y social, es decir una forma de hacer signada por un conjunto de hechos relacionados entre sí que transcurren a través del tiempo. De este modo, las palabras, los gestos, las significaciones, se van construyendo en diferentes circunstancias contextuales y pueden decir y evocar distintas cuestiones y significados. En el espacio del diálogo, las palabras se entrelazan con el escenario de intervención, el contexto y el territorio.

Escuchar en términos de intervención en lo social implica acceder a un proceso de comprensión y explicación que intenta organizar los sentidos, pautas, códigos, implicancias y perspectivas de quien está hablando, como así también una búsqueda de elucidación y revisión crítica que conforma las circunstancias, valores y perspectivas del que está escuchando.

La posibilidad de visibilizar y reflexionar sobre el poder de la escucha, el silencio y las palabras en todo proceso de intervención puede proveer de más instrumentos para comprender, explicar y hacer, entendiendo a ese Otro como sujeto de derechos y transformación social, recuperando así la noción del relato como constructor de sentido. Así, la escucha tiene la posibilidad de salir de los lugares establecidos, adentrándose en otros donde la interacción no implica sometimiento.

La capacidad de escuchar tal vez vaya más allá de los agentes institucionales y su actitud activa o pasiva, se entrelaza con la historia de las instituciones, las marcas subjetivas de éstas en los diferentes actores y las políticas que fueron llevadas adelante en distintos territorios y diferentes climas de época. En otras palabras, desde la intervención social el “lugar” de la institución es el escenario en el que la capacidad de escuchar se expresa.

Es posible reconocer diferentes formas de inscripción en los escenarios institucionales como facilitadoras u obturadoras del proceso

de escuchar, de ahí que la institución es la que escucha o la que facilita esta acción.

Por otro lado, ésta también puede entenderse desde la construcción de un espacio intersubjetivo, íntimo, en el que la interpretación, codificación y comprensión de aquello que acontece puede requerir de determinadas capacidades y habilidades de quien ocupa el lugar de receptor, poniendo de relieve la singularidad del sujeto en relación a sus circunstancias desde una perspectiva situada culturalmente.

La escucha implica el devenir de una voz que a través de la palabra articula cuerpo, discurso y contexto. De ahí que escuchar implique también decodificar, interpretar, reconocer en un juego de aproximación donde tal vez lo más relevante pase por acrecentar las certezas del sentido de lo que se está escuchando.

En definitiva, escuchar puede significar ir más allá de la interacción entre preguntas, respuestas y demandas esperadas. De ese modo es posible quitarle centralidad al acto “fisiológico” de oír, atravesándolo por la cultura, el contexto, el territorio, la historia. De allí que resulte difícil pensar en las posibilidades de diálogo sin el desarrollo de la capacidad de escucha, de poner en palabras la propia perspectiva de lo que acontece y lograr que ésta pueda ser dialogada.

La Escucha Activa

La escucha es una necesidad y como tal se transforma en un derecho que se vincula con la construcción y ratificación de la identidad y la pertenencia. Como tal, habilita la posibilidad de reflexionar, aleja temores y facilita la aceptación. Ser escuchado puede implicar la reafirmación o el inicio de procesos de reinscripción social en aquellos que fueron dejados de lado y abandonados en los complejos laberintos de la exclusión.

La escucha se entrelaza de manera relevante con la inclusión social. Quien no puede ser escuchado, no es ratificado como un sujeto que pertenece al “todo” social. La ausencia de lugares, actividades, espacios que faciliten la posibilidad de escuchar, sostienen la exclusión y la ratifican, generando otro tipo de identidades y pertenencias efímeras, en soledad, donde la presencia del Otro es una imagen pasajera, casi espectral. Ser escuchado es un derecho que, en tanto no es cumplido, separa, segrega, cosifica a ese Otro que reclama esa necesidad de formas diferentes.

La circulación de la palabra genera nuevos recorridos, construye caminos de entrada y salida, sostiene y se presenta como un elemento significativo en la construcción de lazos sociales, la ausencia de ésta es sinónimo de ausencias, soledades, aislamiento y fragmentación social. La ausencia de las palabras, de la expresión, de la comunicación íntima es tal vez una de las herramientas más eficaces de los terrorismos de Estado y de Mercado.

La denominada “escucha activa” implica un interesarse por ese Otro, estar disponible aceptándolo como es, dando lugar a otras perspectivas o formas de comprensión y explicación. Se vincula con la habilidad tener en cuenta algo más de lo que la persona está expresando directamente, intentando de este modo aproximarse a los procesos subjetivos que también se dicen desde diferentes lenguajes, tonalidades de discurso y formas del habla que cobran diferentes significaciones y nos interpelan de otras formas de inscripción subjetiva.

La Escucha, los cuerpos, las instituciones y la visión de lo Otro

Los contextos y escenarios cambiantes caracterizan a nuestras sociedades en las últimas décadas y marcan una serie de nuevos inte-

rrogantes hacia la intervención en lo social. Estos cambios pueden observarse a partir de diferentes esferas que abarcan desde lo socioeconómico hasta el sentido de la vida cotidiana en las diversas y heterogéneas tramas sociales actuales.

La crisis de los espacios de socialización —como la familia, el barrio, la escuela, la universidad o el trabajo— muestran el surgimiento de interpelaciones dirigidas especialmente a su sentido, a la posibilidad y necesidad de una reconfiguración de la cual se es testigo en forma aturrida y desorientada.

Esa crisis también da cuenta de un conflicto de los espacios cerrados como lugares de construcción de subjetividad, de transmisión de pautas, códigos, identidades y pertenencia, es decir, de lugares en los que los individuos se materializaban en imágenes esperadas y previstas por el todo social. Así, el sujeto producido por la escuela era esperado por la fábrica o la universidad.

El vínculo y el lazo social, como elementos constitutivos de solidaridades, se fueron diluyendo en la medida en que avanzaba la competencia en forma desesperada y la meritocracia era presentada como la única salida posible. Estas cuestiones se plantean como necesidad o mandato ligado a la sobrevivencia, construyendo de esa forma una negación de lo colectivo, de la otredad, de la comunidad, del nosotros por encima del yo.

La crisis de incertidumbre que atraviesan nuestras sociedades acompaña esa distribución de nuevos contextos en los que lo que sobresale es una gran diversidad de cuestiones que van generando un sentido diferente a las palabras y construcciones discursivas ligadas a las nociones de educación, familia, trabajo, futuro, cultura. Así, el común denominador en esos discursos autoritarios muestra la emergencia del mercado como un ordenador de la sociedad, negando a esta última, aplacándola cuando emerge desde lo colectivo,

lo solidario o desde el reclamo por la dignidad contra las violencias y discursos de odio.

Las sociedades de control reemplazan a las sociedades disciplinadas. En otras palabras, las nuevas cimentaciones de lo social, ligadas a la lógica del costo beneficio generan una sociedad signada por las relaciones violentas donde el otro deja de ser un constructor de identidad y confianza para transformarse en un objeto que puede ser un impedimento para el desarrollo personal o un competidor (enemigo) en la lógica de la sobrevivencia.

Desde hace décadas de neoliberalismo vienen surgiendo sociedades en las que la desigualdad marca no sólo nuevos territorios sino especialmente nuevas formas de terror al fracaso, a la frustración, al infortunio, convertidos en formas metafóricas y reales de la “caída” en los oscuros espacios de la exclusión; sociedades en las que el temor al encuentro con un vacío y al rechazo se expresan en el recorte de las libertades y los derechos.

La desigualdad social se transformó en un nuevo elemento de control que no requiere de instituciones especializadas sino que se ejerce desde el cuidado de “uno mismo”, de la propia disciplina del yo. La desigualdad social, de esta manera, disciplina a la sociedad. Lo terrorífico quizás sea que lo hace en nombre de la libertad.

Si antes se expresaba en los cuerpos y se dirigía a ellos, hoy el control se plantea desde allí, desde esa necesidad de articular, de adaptar los cuerpos a las expectativas y posibilidades sociales de la inserción y el mantenimiento de ésta a cualquier precio. El orden de los cuerpos implicó el estallido de la sociedad, su colapso, su reemplazo por un mercado que se disfraza de ella. De esta forma, se trata de pertenecer a lugares, espacios sociales en los que nunca quedan claras las reglas de juego que marcan la forma de llegar y mantener esa pertenencia. Los cuerpos dejan de ser aquello que el mandato cartesiano

declamaba —es recipientes del ser— para ser ellos mismos; se es el cuerpo en sociedades en las que sólo la imagen y la estética marcan las zonas de la certeza.

En este contexto, la emergencia de derechos subjetivos hace que los deberes para uno mismo se transformen en derechos individuales atravesados por el narcisismo, el hedonismo, la búsqueda de placer como una forma de detener el padecimiento.

Así también, los deberes se transformaron en elección personal. En un contexto de fragmentación social y pérdida de noción de pertenencia a un todo, el deber queda ligado a la esfera de lo individual y poco se relaciona con el sostenimiento de la sociedad. La obligación moral cambia a la gestión integral en la que los cuerpos son sometidos a una evaluación continua desde la lógica del mercado. Ante la pérdida de la certeza en el Estado como gran ordenador y generador de sentidos para la vida social, las instituciones y la vida social se desarticulan, se tornan impredecibles, pierden su mandato solidario. El sujeto queda en soledad, aislado, atravesado por el desencanto y el rechazo.

De este modo, el individuo pertenece a sí mismo. En contradicción con la obligación de mantener la vida, tiene derecho subjetivo a no sufrir, dejando de lado los mandatos superiores del todo social.

“Nuestras sociedades han liquidado todos los valores sacrificiales, sean éstos ordenados por la otra vida o por finalidades profanas, la cultura cotidiana ya no está irrigada por los imperativos hiperbólicos del deber sino por el bienestar y la dinámica de los derechos subjetivos; hemos dejado de reconocer la necesidad de unirnos a algo que no sea nosotros mismos” (Lipovetsky, 1994, pp. 11-12).

En este contexto —y en la singularidad de cada situación de intervención— el sujeto que emerge no es el esperado por los viejos man-

datos institucionales. Es ese otro que muchas veces recibe la mirada asombrada e interpelante de la institución que lo ratifica en el lugar de un objeto no anhelado.

Irrumpe en este contexto ese sujeto inesperado, constituido en el padecimiento de no pertenencia a un todo social, dentro de una sociedad fragmentada que transforma sus derechos subjetivos en una manera de opresión que se expresa en biografías en las que sobresalen los derechos vulnerados. Emerge allí, donde la complejidad del sufrimiento marca las dificultades de los abordajes uniformes y pre-establecidos, en expresiones transversales de la cuestión social que superan los mandatos de las profesiones y las instituciones.

Así, el sujeto es sólo individuo precario, temporal. Se obtura su posibilidad de ser en su relación con otros. Se transforma en inesperado, no deseado, imponiéndose diferentes formas de selectividad. Puede vislumbrarse una sociedad en la que el porvenir sigue transitando una ruta opacada por la incertidumbre y la falta de convicciones que permitan pensar en proyectos de futuro en forma colectiva.

También existen caminos en los que —en forma individual y excepcional y tal vez aleatoriamente— se tomaron vías que permiten construcciones desde lo precario hasta lo más concreto. Toda circulación por esas circunstancias implica la necesidad de nuevas modalidades de intervención que atraviesen la palabra, la mirada y la escucha.

La Escucha y las Problemáticas Sociales Complejas

El neoliberalismo construyó un mundo donde el habla, desde la saturación de la palabra, quedó paradójicamente silenciada. En ese mundo, la escucha se tornó confusa y casi imposible, la pérdida de significado de las palabras a partir del vacío de sentido en los discursos

sos construyó nuevas formas de silencio, de ausencia, especialmente de aquellos que fueron ocupando el lugar de la exclusión. Así, el encuentro, la construcción de lazos sociales y la pertenencia se tornaron furtivos y dificultosos, atravesados por la incertidumbre y la lógica de mercado. Mientras que el desencanto construyó nuevas formas de la vida cotidiana, la ausencia de lazo social, su fragmentación o enfriamiento obturaron la palabra y el sentido.

El llamado fin de la Historia, de las ideologías y la política, marcó al diálogo como impensado. De ahí que la escucha quedó olvidada o remitida a una serie de pautas marcadas desde programas y proyectos en los que las preguntas y las respuestas sólo se manifestaban dentro de infinitos casilleros.

Tal vez muchas de las Problemáticas Sociales Actuales se vinculen con esas ausencias y presencias. Desde hace más de diez años, en nuestro país estamos viviendo intensas políticas de inclusión social que lentamente van haciendo retornar el lenguaje, la palabra y la escucha dentro de un contexto en el que los cambios subjetivos que produjo el neoliberalismo aún muestran tendencias hacia el silencio y la negación del Otro.

Es posible la escucha sólo cuando quienes la practican sienten su pertenencia a un todo integrado desde la historia, la cultura, el territorio y los afectos. Implica estar donde la demanda se presenta o puede ser esbozada desde diferentes formas de pedido de ayuda en terrenos de padecimiento, soledad y desencanto.

Es posible interpelar a los problemas actuales en la medida en que la Política escuche, la Institución escuche y desde la intervención social sepamos escuchar.

Estas cuestiones de alguna manera implican la necesidad de generar estrategias de recuperación, en este caso de la palabra, la mirada y la característica multidimensional del lenguaje, lo que se transforma

en una construcción que atraviesa diferentes cuestiones, tanto desde las prácticas como de las políticas.

Bibliografía

- Barthes; Roland (1986). *Lo Obvio y lo Obtuso*. Buenos Aires : Paidós.
- Carballada, Alfredo (2012). *La intervención en lo social como proceso*. Buenos Aires : Editorial Espacio.
- Carballada, Alfredo (2008). *Escuchar las prácticas*. Buenos Aires : Editorial Espacio.
- Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber*. Barcelona : Anagrama.

CAPÍTULO 7

La negación de lo Otro como violencia. Pensamiento descolonial y cuestión social

“No había pueblo; los criollos habían sido exterminados, amedrentados o rebajados hasta el aniquilamiento por los vencedores de Caseros, y sobre todo por los de Pavón... Los hijos de Martín Fierro y el Sargento Cruz eran educados en las escuelas de Sarmiento a despreciar a sus padres por bandoleros, y a buscar el perdón a su pecado original amoldándose mansamente a los dueños del cepo, los contingentes y la partida”.

José María Rosa. Introducción a la Historia de la Confederación.

Pensar Situado y colonialismo cultural

La colonización cultural en Argentina se consolidó en el siglo XIX a través de la generación del Ochenta. Desde allí se comienzan a poner en práctica diferentes formas de dominación que se caracterizaron por perseguir lo propio y exaltar lo ajeno.

Así, lo europeo —principalmente de origen anglosajón— será sinónimo de excelencia, de modelo a seguir, pero también se transformará en una especie de métrica que determinará, en función de lo cerca-

no o alejado a Europa, aquello que la sociedad debía considerar como favorable o desfavorable a ésta.

Esta nueva lógica se impuso por la fuerza luego de la derrota de Caseros y la “pacificación” producto del exterminio de caudillos y pueblos originarios. De este modo se comenzó a transformar en malestar, obstáculo y, fundamentalmente, en una novedosa forma de sociabilidad y construcción de sentido que se les impuso a los derrotados.

Así, se elaboraron formas de comprensión y explicación provenientes de lenguajes y racionalidades extrañas, la mayoría de las veces hostiles, que minimizaron, desvalorizaron y, especialmente, negaron lo propio. De este modo se comenzó a ser extranjero en la propia tierra y los procesos de construcción de subjetividad se elaboraron de una manera peculiar, en tanto lo propio se transformó en ajeno y se desvalorizó.

Esa ajenidad transmutó en una forma de disrupción en la que el reclamo de lo propio implicó una interpelación imprevista que generó diferentes y complejas formas de conflictividad que fueron resueltas en forma violenta, sin ley, con la sola aplicación de la fuerza. El Otro, en tanto habitante de estas tierras, fue negado y el exterminio o la domesticación se presentaron como alternativas posibles. Paradojalmente, esta forma de pensamiento construyó y ratificó una especie de anomalía en su propia tierra, desde donde surgieron discursos hegemónicos que lo convirtieron en extraño y muchas veces en peligroso pero, fundamentalmente en alguien inferior.

El desprecio de lo propio trascendió a ese Otro, se expresó en las artes, la arquitectura, el pensamiento. Para esa oligarquía naciente, lo foráneo siempre sería mejor.

Las políticas de población que propuso Juan B. Alberdi luego de Caseros enunciaron sin prejuicios que era necesario licuar la inferioridad de las razas que habitaban la Argentina de mediados del siglo XIX, darles un vigor faltante que surgía de las propias conclusiones de un

personaje extraño, confuso, pero fundamentalmente colonizado. De ahí la apuesta a una inmigración europea que generó grandes cambios sociales en las décadas siguientes, además de nuevas formas de conflictividad y la conformación de una sociedad en la que los inmigrantes que llegaron sufrirían la aplicación del mismo discurso de odio en tiempos del Positivismo Argentino.

Así, esa generación se sintió decepcionada viendo los efectos y la forma en que se “pobló” el país, dado que en lugar de las “viriles razas anglosajonas” —como las llamaba Juan B. Alberdi— llegaron los pobres, los perseguidos, las víctimas de la marginación social, política y religiosa de una Europa que mostraba signos de decadencia y efectos de la desigualdad previos a la Primera Guerra Mundial.

Desde allí también se construyó una mentalidad que se transformó en práctica social y que continúa hasta nuestros días. Así como se niega al Otro, se le da la espalda a la cultura, a los orígenes y especialmente a América. Sólo se hará una tímida y estrecha exaltación de lo propio a partir de estereotipos chauvinistas que exaltan algunos de sus aspectos, siempre dentro de un cuadro de sumisión y desprecio.

Asimismo, la negación de la Otredad construye relaciones sociales que suelen ser violentas, atravesadas por la incertidumbre, repitiendo viejas formas de dominación que se reescriben en el presente y que dan cuenta de las características singulares de sufrimiento y opresión que se expresan en nuestro continente.

La sociabilidad, la construcción de lazos sociales, los intercambios materiales y simbólicos se construyeron en nuestro continente de manera peculiar a partir de la persecución, la negación e incluso el castigo. Se fue construyendo una sociedad a partir de una serie de tensiones atravesadas por la contradicción de ser ajenos dentro de lo propio, de ser extranjeros en el propio territorio. De esta forma, el malestar fue interno y externo. La ajenidad fue inculcada, introducida

sutilmente, aprendida a través de diferentes dispositivos que rápidamente se transformaron en instituciones de dominación, generando muchas veces una sensación de no pertenencia y de contradicción que construyó formas de transcurrir en un mundo que —a pesar de ser propio— fue considerado como extraño.

La sociabilidad se hizo más compleja al construirse en contextos en los que el lazo social se vio condicionado, reinterpretado por distintas modalidades de dominación. Estas formas de construcción de nuestras sociedades muestran una singularidad en las características de la Cuestión Social, como lo son el coloniaje como problema y el padecimiento que genera ser extraño en la propia tierra.

La Otredad como búsqueda de respuestas

La Otredad se transforma de esta manera en una perspectiva epistemológica que se propone analizar y recorrer la imagen y construcción de las culturas que hicieron su lugar en la periferia. Desde la mirada a la Otredad es posible establecer un recorrido que intente una búsqueda de conocimiento fundamentalmente geocultural sobre el Otro.

El devenir histórico del ser es devorado en América Latina por la historia del estar. Así, es posible acceder a lo que Rodolfo Kusch denominó “La América profunda”, postulando la cultura del Estar y demostrando desde allí la existencia de una racionalidad diferente que convive, puja y acuerda con la perspectiva del Ser.

La negación de la Otredad construye relaciones sociales violentas atravesadas por la incertidumbre repitiendo viejas formas de dominación que se reescriben en el presente y que dan cuenta de características singulares de padecimiento y opresión que se expresan en nuestro continente.

La colonización cultural es una forma de esa negación. Así, la negación se traduce en sometimiento y violencia.

La intervención social se presenta como un lugar de encuentro entre lo Micro Social y lo Macro Social, como un momento de diálogo e intercambio intenso en el que lo social se inscribe en la subjetividad y es a su vez reinscripto en lo Macro; un espacio en el que los cuerpos se transforman en diferentes formas de resistencia, de acomodamiento estratégico cuando se produce la expulsión de la propia tierra, donde lo propio resulta un valor negativo que abarca el aspecto físico, la cultura, la construcción de sentido y de pensamiento.

Desde la intervención social se trata simplemente de situar conceptos tales como raza, clase, cuerpo, lenguaje y cultura, otorgándoles centralidad desde la construcción de problemas y fenómenos sociales como exclusión y desigualdad social, ligados a la construcción de un discurso dominante que se apoya en el desprecio de uno mismo, la inseguridad y la indignidad.

Violencia y colonización

“Yo, hablo de millones de hombres a quienes sabiamente se les ha inculcado el miedo, el complejo de inferioridad, el temblar, la genuflexión, la desesperación, el servilismo”.

Aimé Césaire. Discours sur le colonialisme.

La violencia se inscribe en una compleja red de tramas y diferentes formas de construcción social, cultural, política y económica. Esa complejidad se hace más profunda aún en la medida en que se la ana-

lice y estudie desde una perspectiva situada en nuestro continente, a partir de la construcción de subjetividad que se realiza desde el colonialismo. De esta manera, tanto la comprensión como la intervención social en este tema adquieren la posibilidad de construir formas de abordaje coherentes y adecuadas a nuestras realidades.

En América, la desintegración de las culturas y civilizaciones prehispánicas dan cuenta de una integración que se fue perdiendo en la medida que avanzó la conquista, pero también la búsqueda de esa integración perdida que fue construyendo una forma singular de lo que conocemos como cuestión social. El trasplante de poblaciones, la esclavitud, los genocidios y mestizajes construyeron una nueva forma de singularidad de las relaciones sociales, la visión de lo Otro y los Problemas Sociales.

La negación de América que atraviesa la lógica de la conquista implicó una nueva forma de violencia que se entrelaza significativamente con la Otredad desde una inferioridad impuesta desde diferentes lenguajes que contienen a la intimidación y a la fuerza como común denominador, donde fundamentalmente la inferioridad impuesta por la conquista se inscribe en la subjetividad a través de la colonización cultural. Así, lo propio suele transformarse en inferior.

Es posible ingresar al estudio de los problemas sociales desde diferentes aspectos y categorías de análisis. En general, éstos responden a matrices de pensamiento que intentan ser de índole universal y son contruidos desde lógicas relacionadas con el pensamiento dominante en los países “centrales”.

La violencia en nuestras sociedades puede ser analizada desde la noción de otredad, desde allí quizás sea posible aproximar la visualización de la construcción de subjetividad desde lo periférico. Esta perspectiva tal vez permita ampliar las posibilidades de conceptualización y la construcción de nuevas formas de comprender y explicar

los problemas sociales. Es allí, especialmente desde la demanda que genera la intervención social, donde la visión de lo Otro puede ser leída a partir de las nociones de colonización y dominación.

El lazo social fragmentado, perdido, reconstruido parcialmente en el marco de la lógica neoliberal, cosifica, aleja y desubica, construyendo una separación que produce nuevas y más formas de padecimiento subjetivo. Esa lejanía impuesta por la necesidad de un modelo de sociedad que reafirma y exalta la desigualdad se apoya en la negación de lo otro, quitándole su condición humana.

“La deshumanización [...] en primer lugar consiste en una serie de negaciones. El colonizado no es esto, no es aquello. Nunca es considerado positivamente; o si lo es, la cualidad que se le concede deriva de una carencia” (Sosa, 2017).

En definitiva, ese otro —entendido como sumergido en un proceso de colonización, de construcción a través de relatos que lo ubican en el lugar de lo antisocial— se muestra en la obligación de aceptar su condición diferenciada como un dominado, para poder seguir perteneciendo a una sociedad que le da un lugar como inferior.

Esas circunstancias constituyen formas violentas de constitución de identidad, relaciones sociales y significaciones. La noción de colonizado se puede entender en la actualidad en parte a partir de la naturalización de una serie de relaciones sociales que se apoyan en un modelo único marcado por la lógica neoliberal, desde una perspectiva que pone al tercer mundo en el lugar de la periferia, sin mirada y sin palabra. De allí que la soledad y ausencia conceptual que produce la aplicación de esas lógicas en múltiples espacios de nuestras sociedades den cuenta de la importancia de un pensar americano, en este caso, de los problemas sociales.

Una perspectiva americana no sólo implica una necesidad de aproximarse a formas de comprensión y resolución situadas, propias y singulares en relación con nuestras realidades, sino que también puede aportar de manera relevante al análisis y resolución de las diferentes formas de malestar que se generan en las sociedades denominadas “centrales”.

Estudiar y analizar los Problemas Sociales desde una perspectiva situada que intente alejarse de la colonización pedagógica tal vez permita visualizar las características peculiares de éstos en lo singular de nuestras realidades, esto es pensar que los problemas sociales en América se inscriben de una manera distintiva y se cimentan a partir de circunstancias históricas, sociales y culturales que pueden entenderse como propias y, a su vez, ligadas a una serie de procesos singulares que los construyen y los hacen visibles. Así también, se abre la posibilidad de proponer nuevas y diferentes estrategias, modalidades y formas de intervención social sobre ellos.

La comprensión y explicación de la violencia en su expresión actual puede ser analizada y estudiada desde diferentes vías de entrada. Por un lado, se halla atravesada por la fragmentación social que genera el neoliberalismo, constituyendo complejas formas de relación social en las que esa fragmentación se presenta como un común denominador, pero tomando formas diferentes que van desde la violencia física, el acoso, la intimidación o el hostigamiento.

Las diferentes formas de la negación de hacer al otro invisible como persona y transformarlo en un objeto se presentan como una de las formas más sutiles y actuales de la presencia de tal fragmentación.

La violencia también se expresa desde una forma de mirada que excluye, estigmatiza, segrega; imponiendo barreras invisibles, transita complicados recorridos que van desde el territorio hasta la vida cotidiana. La mirada que construye invisibilidades, que impone ba-

rreras, que se inscribe en los cuerpos, es una constante en la historia y el presente de América.

El terrorismo de mercado, continuador del terrorismo de Estado, generó sociedades signadas por relaciones violentas en las que lo cotidiano se desarrolló en escenarios complejos, inciertos y particularmente desolados. La sensación de “ausencia” de sociedad, cuando lo social se difuminó en los laberintos de las lógicas del mercado, construyó nuevos significados en la percepción y relación con el Otro, transformándolo en un objeto, constituyéndolo dentro de un proceso de cosificación en el que la violencia —como algo naturalizado— se constituyó como una forma más del lenguaje, de la gramática que organizaba la vida cotidiana.

La negación y desvalorización de lo colectivo es también un signo de la ausencia de lo Otro como semejante y conlleva una consecuente desconexión con la historia. Junto con la lenta implantación de estos procesos surge, de manera inevitable, una serie de imposibilidades de transmisión de pautas, experiencias, códigos y regulaciones que terminan perdidos, extraviados, abandonados en los neblinosos y oscuros territorios de las nuevas formas de la desigualdad.

La violencia se entromete en lo cotidiano a través de vías diferentes, donde los cuerpos son sus territorios de inscripción, de manera objetiva y subjetiva.

La violencia simbólica puede entenderse —desde los aportes de Pierre Bourdieu— a partir de la anuencia de los agentes sociales, pero también es posible comprender esa forma de aceptación en la singularidad de los mecanismos de dominación colonial.

“Pero, la Sociedad, al contrario de lo que ocurre con los procesos bioquímicos, no escapa a la influencia humana. El hombre es aquello por medio de lo cual la sociedad es” (Fannon, 1973).

De este modo, la violencia dentro de la vida cotidiana podría entenderse también desde la agresividad que genera, construye y fecunda el servilismo y la dominación de tipo colonial que atraviesa y da forma a la lógica societaria en América desde hace más de quinientos años. La condición que impone el colonialismo es, en definitiva, otra forma de violencia, diferente, singular, construida en otras cartografías históricas y sociales. Se transforma en una práctica social que condiciona pautas, códigos y formas de comprensión y explicación que se inscriben en modo singular en nuestro continente. De allí la posibilidad de repensar y construir modalidades de análisis para la aproximación situada a los fenómenos sociales.

Bibliografía

- Carballada, Alfredo (2013). *La Intervención en lo social como proceso de análisis*. Buenos Aires : Editorial Espacio.
- Fannon, Franz (1973). *Los Condenados de la Tierra*. México : FCE.
- Sosa, Elisabeth (2017). La otredad: una visión del pensamiento latinoamericano contemporáneo. *Letras*, Vol. 51, N° 80.

CAPÍTULO 8

La Subjetividad como terreno de disputa

La subjetividad en América

Podemos pensar a la subjetividad en América como una construcción histórica y social, como un producto que surge de un encuentro entre diferentes procesos, donde lo individual se funde en lo colectivo.

Esa correspondencia entre la subjetividad y lo colectivo no es unidireccional sino que surge de permanentes interacciones y construcciones históricas, políticas y sociales. Así, se constituye como terreno de disputa en el que diferentes modalidades discursivas —en tanto expresiones de poder— pujan, tensionan, triunfan y también son derrotadas en diferentes momentos históricos.

Esta relación entre subjetividad y realidad social implica formas de conocer, comprender y explicar, pero asimismo, contempla modalidades afectivas, estrategias inconscientes y diferentes operaciones psicosociales que dialogan con los imaginarios de cada época, generando distintas formas de puja.

Así, es posible pensar la construcción de la subjetividad en América como un juego de interacciones que se encuentra atravesado por una serie cambiante de relaciones de poder, las que se expresan de manera imperativa y también sutil, construyendo mentalidades, formas

de explicación y resignación. Se inscriben de disímiles maneras, produciendo distintas marcas y trayectorias siempre ligadas al contexto, a los avances y retrocesos, a las tensiones y juegos de poder y deseo.

La construcción de subjetividad en América es consecuente y dialoga con la descripción que hace Álvaro García Linera (2016) de nuestros devenires históricos cuando afirma "*Luchar, vencer, caerse, levantarse, luchar, vencer, caerse, levantarse. Hasta que se acabe la vida, ese es nuestro destino*". En América, la subjetividad es la posibilidad de pensarse a sí mismo desde lo colectivo, donde la Otredad nos constituye, se funde con la tierra, con lo sagrado, con los otros.

La conquista implicó la imposición de un tipo de subjetividad que a través del tiempo justificó coercitivamente el saqueo, la colonización del pensamiento y una modalidad de coacción que la llevó a fortalecer estereotipos apoyados fundamentalmente en la ratificación de una supuesta inferioridad de ese Otro que no se asemejaba al conquistador.

Así, la colonización sostuvo la apropiación de la subjetividad a través de diferentes dispositivos empleados por un poder que se enunciaba a sí mismo como superior, imponiendo desde su capacidad de infligir dolor, deshumanizando, aplicando una forma de racionalidad esencialmente violenta, destructiva, amenazante.

De esta manera, en nuestro continente no hablamos por nosotros mismos. Somos hablados por otros y repetimos ese habla, esa discursividad, como si fuera propia. Asimismo, nuestra subjetividad es apropiada, robada, saqueada y especialmente encerrada dentro de la lógica del dominador. La subjetividad se transforma en campo de batalla, en lugar de tensiones, en terreno de disputas, simplemente desde la tozudez, desde la búsqueda de la integración perdida, desde la interpelación que surge desde lo impensado, desde aquello que no logró ser conquistado y aún genera un foco de resistencia.

Neoliberalismo y subjetividad

La noción de subjetividad en el pensamiento cartesiano implica fundamentalmente una separación entre la humanidad y la naturaleza. Así, la “humanidad” —llamada así por el pensamiento europeo— fortaleció sus argumentos para adueñarse de la historia y de la naturaleza, asaltar, saquear, imponer la lógica de la conquista.

El “pienso, luego existo” cartesiano se complementa con la justificación de la conquista y la connotación de humanidad sólo para unos pocos europeos. De esta forma, Occidente logró justificar el saqueo del planeta y hoy sufrimos consecuencias de todo tipo por la aplicación sistemática de esa racionalidad fundada en la codicia, la ganancia mercantil, la destrucción.

Desde esta imposición al mundo también se atribuyó —por parte de Europa— una propiedad a la historia como algo unívoco, es decir el concepto de una sola historia que provenía de una sola palabra, de una sola discursividad. Así, la historia se constituyó como universal, enunciada desde una sola perspectiva para, desde allí, construir una subjetividad dominante en la que aquellos que quedaron afuera de ese proceso sencillamente “no fueron”, perdieron su condición humana y se transformaron en objetos. Desde esta lógica construida desde los que se adueñaron del poder, los otros, lo que no “son”, no alcanzan la cualidad del ser, les toca el lugar de la masacre, la tortura, la esclavitud.

Con diferentes operaciones políticas, culturales y con una fuerte alianza con las oligarquías dominantes a las cuales desprecian, pretenden desde hace más de quinientos años capturar la subjetividad en América para imponer otra, apropiándose y encarcelando rostros, cuerpos, mentalidades, imponiendo corporalidades dominantes y —desde un racismo tenebroso— lograr que se pierda la noción de lo propio, incluso que se lo niegue, desprecie o rechace.

Los procesos de subjetivación

La subjetividad desde el pensamiento europeo implica también el resultado de procesos de “normalización” y disciplinamiento. Para Michel Foucault, estos se llevan adelante en espacios cerrados, como la Escuela, el Hospital y la Familia.

El apogeo del neoliberalismo —y los destrozos que marcan su inexcusable caída— propone nuevos mecanismos de disciplinamiento y “normalización”. En su última etapa, desconfía de los espacios cerrados y desde la exaltación de la libertad de mercado construye una forma de subjetivación que se vincula pura y exclusivamente con éste, como un nuevo Dios medieval, unívoco y omnipresente, con sus sacerdotes y los procedimientos de la inquisición aplicados desde una forma de religión que denominan “economía”.

Se es según lo que el mercado acepte y considere correcto, equiparando a la vestimenta con las fotografías retocadas, la política realista y correcta, la eterna juventud a través de cirugías, el mandato de estar siempre sonrientes, habitando un “mundo feliz” y anulando la existencia del Otro en tanto estorbo en una especie de lucha por la sobrevivencia. El mercado construye a su propio sujeto, se apropia del deseo, inventando, creando un gobierno del alma en un espacio en el que la sujeción ahora pasa por la tensión entre la inclusión y la exclusión social. De este modo, quienes acepten sus liturgias podrán seguir habitando en la ilusión de pertenecer aunque vivan en la peor de las miserias, reforzando su certeza, repitiendo —como en una letanía— frases de autoayuda. Desde allí encauza conductas, promueve sacrificios, justifica la codicia y genera formas de desigualdad desconocidas hasta ahora.

La subjetivación dejó de transcurrir y generarse a través de las instituciones cerradas. La subjetividad actual la construye el mercado y

tal vez las nuevas formas de encierro se escondan en la supuesta libertad de las redes sociales, donde se supone que se es autónomo; allí donde las opiniones se entrecruzan con el secuestro de la verdad, las noticias falsas y la violencia verbal, sin siquiera permitirse pensar que todo ese juego forma parte de múltiples estrategias de manipulación que irracionalmente seguimos aceptando.

Subjetividad como terreno de disputa

La subjetividad como terreno de disputa es algo más que la batalla por el sentido común. Definirla tal vez sea útil para pensar posibles espacios de contienda. Desde la subjetividad se construye la sociedad, el “nosotros”, ese lugar donde somos más que números, estadísticas, entes económicos o agentes de consumo. La sociedad es el reflejo de lo colectivo, el fortalecimiento de propósitos compartidos, el lugar de la fraternidad, la igualdad y la verdadera libertad. No se es libre en soledad ni en mundos donde la desigualdad es pornográfica y exaltada, donde no se trate sólo de entender a la subjetividad como terreno de disputa sino que se trate de saber por qué se lucha.

La intervención, en la medida que posea una direccionalidad, un horizonte de reparación de lo social, tiene la posibilidad de hacer ver, de entrometerse y actuar en el juego de la proximidad y la lejanía entre lo macro social y lo micro social, articulándolos, haciéndolos dialogar como forma de reconocer y develar el padecimiento para poder tramitarlo desde lugares aún no registrados y, desde allí, poder construir acontecimiento, es decir la posibilidad de pensar otro orden, de desordenar para ordenar de nuevo.

Bibliografía

- García Linera, Álvaro (2016). Conferencia en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. Disponible en: <https://causainfinita.blogspot.com/2016/05/alvaro-garcia-linera-en-argentina-no.html> [Consultado en Abril de 2022]

CAPÍTULO 9

Lo Social y las nuevas corporalidades. Una mirada desde la Intervención

“Algunas personas usan su cuerpo como si fuera una bolsa de plástico desechable. Otros llevan su cuerpo como si se tratara de un jarrón chino de la dinastía Ming. Algunas personas no son consideradas ciudadanas porque sus piernas no pueden caminar. Algunas personas viven para transformar su cuerpo en el de Pamela Anderson. Otras viven para conseguir el cuerpo de Jean Claude Van Damme. Y otras tienen dos chihuahas a los que llaman Pamela y Jean Claude. Algunas personas llevan su cuerpo como si fuera un grueso abrigo de piel. Otras lo llevan como si fuera una combinación transparente. Algunas personas se visten para estar desnudas y otras se desnudan para permanecer vestidas”.

Paul B. Preciado. Un apartamento en Urano: Crónicas del cruce.

La construcción de la noción de cuerpo

Las nociones subjetivas actuales y la construcción histórica de lo corporal son múltiples y complejas. Desde ellas se construyen dife-

rentes miradas y concepciones que dialogan con la comprensión y explicación de los problemas sociales, la gestación de sentidos, significados y especialmente la direccionalidad y objetivos de la intervención en lo social. Habitamos sociedades en las que el cuerpo se multiplica en una especie de búsqueda que apunta al encuentro de respuestas a las preguntas que surgen de las incertidumbres que todos padecemos.

El cuerpo pareciera ser una especie de refugio o barrera para frenar el padecimiento; cuerpos que se deslizan por sociedades insípidas en las que la experiencia de lo corporal se hace efímera y donde, desde la imposición del neoliberalismo como cultura, se produjo la desconexión del dolor con lo simbólico; cuerpos que se fragmentan para seguir perteneciendo a espacios cada vez más volátiles, acosados por las trampas de la eficiencia, por el permanente cambio de reglas de juego que genera perplejidad y desencanto; culturas en las que se nos propone una falsa posibilidad de autonomía subjetiva que se transforma en incertidumbre y —de allí— en dolor.

Paradójicamente, se construye una libertad que termina doliendo, haciéndose cuerpo en el padecimiento, una libertad engañosa que sólo se encarga de controlar la no imposición de términos y condiciones a los mercados, una libertad que exalta la insensibilidad y la tolerancia hacia desigualdades e injusticias. Todo este juego se presenta en sociedades inmersas en una forma de malestar cultural que habita los cuerpos, los transforma, les impone exigencias, para convertirlos en un sitio incómodo y doloroso transitando una actualidad signada por la fragmentación de la sociedad, la ruptura de lazos sociales, la sensación de no pertenecer a un todo social y la crisis de representación y legitimidad que desborda prácticas e instituciones.

Las Instituciones mantienen aún la visión cartesiana en la que el cuerpo es una especie de recipiente del ser. En ese espacio, la asocia-

ción encuentro-diálogo entre el cuerpo y la identidad se encuentra —a veces de manera explícita, otras en forma más sutil— estandarizada de diferentes maneras. Se sigue pensando en cuerpos homogéneos que, si salen de los cánones clasificatorios, serán puestos a la fuerza en los casilleros que construyó y sigue produciendo la modernidad surgida en Europa hace más de 500 años. Son instituciones que se gestaron para estudiar clasificaciones de cuerpos, signadas por lo que denominaron raza; instituciones que, como expresiones del poder del mercado, terminan haciendo rendir aquello que no logran disciplinar.

En América, la conjunción entre cuerpo, raza y desigualdad se transforma en una representación inevitable. Así, las corporalidades de nuestro continente hablan de una historia de opresión y resistencia que se inscribe en la piel, construyendo subjetividad y diferentes formas de padecimiento.

El cuerpo como estigma se oculta, se disimula, se maquilla, intentando esquivar miradas que construyen barreras, imposiciones, lugares.

Así, *“la inferiorización es el correlativo indígena de la superiorización europea. Tengamos el valor de decirlo; es el racista el que crea al inferiorizado”* (Fanon, 1973). La visión cartesiana de lo corporal tiene una expresión relativa, pensada para la realidad del dominador y no del dominado. De esta manera, determinadas corporalidades están signadas por no ser, simplemente a partir de su apariencia, su historia, su origen. Los cuerpos de la desigualdad son sólo cuerpos que deben ser domesticados según el mandato del amo, que tienen una subjetividad permitida y limitada de acuerdo a la pertenencia a uno u otro estamento. Y ese lugar está signado, marcado por las características físicas.

El deseo también fue colonizado. Así, el cuerpo se transforma a partir de ser sometido en un estigma que construye una forma de subjetividad. En otras palabras, el poder fue moldeando los cuerpos, realizando inscripciones, generando y construyendo más y nuevos

estigmas que también hablan del cuerpo en el presente, proponiéndose a veces como salida posible una corporalidad que termina expresándose como funcional a una fragmentación social que muestra cuerpos divididos, a veces armados en forma de rompecabezas por artificios tecnológicos que muestran perfecciones corporales, ideales contruidos con fragmentos de otros cuerpos anónimos, invisibles, tal vez productos de una disputa, restos de un campo de batalla donde la palabra triunfante es desigualdad.

Hoy, el cuerpo implica una especie de collage de elementos repetidos y reiterados, que son enunciados por una estética que se define haciendo alarde de la falta de sentido. Allí emergen cuerpos, todos muy parecidos, que se repiten en la imagen del gimnasio al igual que en la multiplicidad de imágenes y pantallas que atraviesan nuestra vida cotidiana, una especie de construcción de una forma de estética en la que lo importante pasa por mantener la juventud dentro un pánico al envejecimiento que promete seguir perteneciendo a un mundo que se presenta como traicioneramente expulsivo. De esta manera, también el cuerpo es un portador de signos y símbolos, dando elementos para pensar una cartografía que lo ubica en diferentes espacios de sentido, según sus propios atributos. Lo corporal como elemento de análisis, nos advierte, nos aproxima a lo social.

Cuerpo e Intervención Social

“El alma está muda, hasta que se rebela, y entonces el cuerpo rechaza su dependencia, interrumpe la prestación, rompe la cadena, bloquea el flujo productivo”.

Franco Berardi Bifo. El Trabajo del Alma.

En Nuestra América existe una forma de sociedad en la que, aún hoy, lo racial nos habita y nos interpela. Esta modalidad de organización surge de los cuerpos y de la construcción de sentidos que ésta genera. En Europa, los procesos de subjetivación que edificó la revolución industrial también impusieron una forma de control similar de los cuerpos, para transformarlos en máquinas de producción social a través de dispositivos institucionales que tenían la capacidad de someterlos. Estas construcciones también se dieron en nuestro continente, donde podríamos agregar una singularidad, esto es el componente racial que mencionamos más arriba.

En la actualidad, esos controles se relacionan con otras formas de producción y dialogan intensamente con el autodisciplinamiento que se encubre en el autocuidado, la autoayuda y la meritocracia. De ahí que el cuidado de los cuerpos y su control se expresen a partir de mecanismos mucho más sutiles que se elaboran a partir de procesos de subjetivación. Aun así, el componente racista está presente —tal vez con más fuerza que antes— por su invisibilidad y por la conquista de la subjetividad que se construye en el neoliberalismo. En las sociedades meritocráticas, el racismo es un atravesamiento que se hace invisible y se expresa en las construcciones de las “carreras” que se elaboran desde esos ideales de constitución de sentidos en las sociedades del autocontrol, donde la energía deseante es apresada en la figura del emprendedor.

Su invisibilidad tal vez lo haga más poderoso, en un contexto en el que el capitalismo se apropia de los cuerpos y también de la producción subjetiva como una vigorosa tecnología de poder. Se gobierna el deseo en simultáneo a que se lo fomenta (Gago, 2014).

La relación entre cuerpo e intervención puede leerse desde la conformación de los cuerpos como territorio:

“Lo social hace territorio en el cuerpo, en los cuerpos, y encuentra, no sin contradicción, el modo de conservar y reproducir su propia vitalidad. Donde se construye una trama de afectaciones donde la percepción hace lazo social, consensúa, crea contextos estables, imprime detenciones sobre el flujo de lo real” (Mercado, 2002).

En la actualidad, la relación entre el cuerpo y la subjetividad presenta una serie de interrogantes, especialmente en escenarios de intervención en los que se es el cuerpo y entra en contradicción la separación cartesiana cuerpo-mente. Desde la corporalidad se construyen diferentes formas de subjetivación que quizás permitan poner en cuestión las subjetividades que intenta construir el neoliberalismo. En ese sentido, Guattari (1986) plantea algunas posibilidades:

“La subjetividad está hoy masivamente controlada por dispositivos de poder y de saber que ponen las innovaciones técnicas, científicas y artísticas al servicio de las figuras más retrógradas de la sociabilidad. Pero sin embargo, se pueden concebir otras modalidades de producción subjetiva –como las procesuales y singularizantes. Estas formas alternativas de reapropiación existencial y de autovalorización pueden convertirse mañana en la razón de vida de las colectividades humanas y de los individuos que se niegan a entregarse a la entropía mortífera característica del periodo por el que estamos atravesando”.

En otras palabras, hacer dialogar a la intervención en la posibilidad de reconstruir subjetividades, descolonizarlas, generar una línea de fuga que permita salirse de la ensoñación-pesadilla que el neoliberalismo impone.

Para la modernidad ilustrada, lo corporal debía ser anulado, controlado, domesticado, por ser la expresión de las pasiones. Los dis-

positivos de la educación moderna surgen en gran medida con ese mandato. La Reforma de Rivadavia de 1822, con la propuesta del modelo Lancasteriano en educación, se presenta como un ejemplo del trueque entre los conceptos de “pureza” que se manejaban en los años de la colonia española, por el de disciplina, que estaba en auge en los países más industrializados de aquella época. Así, lo corporal era asociado con lo primitivo. El mandato de la educación pasaba por controlar las pulsiones que venían de los cuerpos. Así, el mandato Ilustrado se asentaba en una forma de disciplinamiento social de los sujetos y sus cuerpos y de los saberes, que operaba en la búsqueda de la racionalización de las prácticas culturales provenientes de las culturas americanas, las que eran consideradas oscuras y confusas.

Hoy, lo corporal cobra otras características, especialmente al derrumbarse gran parte de los postulados de la Ilustración. De este modo, la relación entre el cuerpo y la identidad se hace mucho más intensa. Se es el cuerpo y desde allí se construyen nuevas formas de identificación y sentido.

El padecimiento pasa de la mente al cuerpo. Se hace objetivo en autolesiones, distintas formas de cortes que muchos se infligen, especialmente jóvenes. Y ante la pregunta acerca del por qué de lo ocurrido, la respuesta podría resumirse en la necesidad de corporizar la angustia. En los cuerpos de la desigualdad, de la exclusión, del encierro, la piel se presenta como la expresión de una experiencia biográfica que intenta contar desde trazos que se construyen en el dolor. Son cuerpos que cuentan historias. La necesidad de sentir el cuerpo, mostrarlo, produce la construcción de nuevas y más complejas formas de identificación donde el ser pasa más por lo corporal que por la mente. De esta manera, el cuerpo se transforma en un lenguaje a descifrar y desde allí construir estrategias de intervención que propongan nuevas formas de encuentro y diálogo entre aquello que la dualidad cartesiana separó.

Bibliografía

- Fanon, Frantz (1973). *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires : Abraxas Editorial.
- Gago, Verónica (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires : Tinta Limón Ediciones.
- Guattari, Félix (1986). *De la production de la subjectivité*. París, Francia : Revue Chi-mères.
- Mercado, Patricia (2002). *Cuerpo y acontecimiento*. En Revista Topía N° 34. Disponible en: <https://www.topia.com.ar/articulos/cuerpo-y-acontecimiento-0> [Consultado en Abril de 2022].

CAPÍTULO 10

Vulnerabilidad Social: una mirada desde la Intervención

Algunas aproximaciones

La palabra vulnerabilidad deriva de “herida”, del latín “vulnerabilis”, “vulnus”, “vulneris”, herida o golpe. En la actualidad se entiende desde la noción de que —a partir de determinadas circunstancias históricas, económicas, políticas, sociales y culturales— una persona está en condición de ser dañada aún más y que ese perjuicio implica una situación de mayor desprotección social y padecimiento.

Una persona en situación de vulnerabilidad es susceptible de ser aún más dañada y excluida socialmente. De este modo, una gran cantidad de acontecimientos y variables que generalmente se inscriben en las biografías sociales, pueden ir construyendo vulnerabilidad desde la historia de vida en diálogo con circunstancias micro sociales, territoriales y macro sociales.

También es posible pensar la vulnerabilidad a partir de determinado acontecimiento que genera un punto de giro en esa biografía a partir de la noción de lo que se denomina “ruptura biográfica”. A su vez, la vulnerabilidad implica diferentes formas de padecimiento, tanto desde lo objetivo como de lo subjetivo.

De este modo, la indefensión, inseguridad y ausencia de protección social que padecen diferentes sujetos y grupos sociales, atraviesan sus condiciones de vida, construyendo diferentes formas de vulnerabilidad social. La vulnerabilidad no se refiere necesariamente a un sector social. Atraviesa a toda la sociedad. Es posible pensarla desde su cercanía con el riesgo de vida de una persona, construido de diferentes circunstancias que implican cierta reiteración de acontecimientos. En síntesis, se la podría entender también como una serie de situaciones que acercan a las personas o grupos a los espacios de exclusión social. En otras palabras, implica una proyección a futuro de mayor complejidad y padecimiento desde lo social a partir de diferentes situaciones y circunstancias que son posibles de constatar en el presente; de ahí la posibilidad de analizarla como un proceso. La vulnerabilidad nos presenta al Otro en situación de ser herido o dañado por la exclusión, por la sanción circunstancial informal o por la formal.⁸

Vulnerabilidad Social como proceso

La vulnerabilidad surge desde la pérdida de derechos, sociales y civiles a partir de diferentes situaciones. De este modo, una persona que ha perdido su trabajo se va a ver restringida en sus derechos sociales y si analizamos la situación desde una perspectiva de proceso, es posible que en un período de tiempo posterior, esa circunstancia pudiera afectar sus derechos civiles.

8. La ruptura biográfica puede ser entendida como un acontecimiento a partir del cual la biografía de una persona cambia de rumbo. Un accidente, una internación, un episodio traumático, etc., pueden ser entendidos como ejemplos de ruptura biográfica.

También, si la analizamos desde lo micro social, la vulnerabilidad social implica la ausencia o pérdida de grupos de pertenencia o de referencia vinculados con la fragmentación social o la debilidad de los lazos sociales. Según diferentes organismos internacionales como la FAO o las Naciones Unidas, la vulnerabilidad puede entenderse como una exposición al riesgo sumada a la incapacidad de respuesta colectiva o individual frente a circunstancias disímiles.

Es posible pensar la vulnerabilidad social como un proceso en el cual es posible distinguir, analizar e intervenir a partir de distintas circunstancias de exposición, pérdida, daño o padecimiento. Incluso, en clave de intervención en lo social, se puede trabajar en relación a diferentes indicadores de vulnerabilidad, especialmente desde la singularidad, relacionándose con la trayectoria de vida, las características de los grupos de pertenencia, las posibilidades de construcción de lazo social, el aislamiento, la accesibilidad, la hostilidad institucional y la desconexión con el Sistema de Protección Social.⁹

Por otro lado, la Vulnerabilidad Social implica una condición entendida como un conjunto de características y situaciones que comienzan a inhabilitar o invalidar a una persona o grupo de manera inmediata o en el mediano o largo plazo.

La vulnerabilidad, a su vez, puede ser comprendida y explicada a partir de múltiples dimensiones. Por un lado, aquellas que se vinculan con la debilidad y con las posibilidades de exposición, sumadas a los conflictos y tensiones que dialogan con los problemas sociales y a la sucesión de dificultades que pueden surgir para enfrentarse a

9. Es posible definir al Sistema de Protección Social como un conjunto de dispositivos que se orientan a la eliminación o reducción de riesgos económicos, sociales, políticos y ambientales.

ellos, además de sus entrecruzamientos con los imaginarios sociales.

De esta forma, también podemos visibilizar una serie de elementos que, desde la inseguridad que genera lo social, conjugan las situaciones de peligro, las representaciones sociales y la indefensión que surge de situaciones ligadas a las diferentes formas de la desigualdad como generadoras de perjuicio. Algunos autores plantean la existencia de tres aspectos que construyen y conjugan la vulnerabilidad: el peligro de estar expuesto a una situación crítica o de alteración de la cotidianidad, la desprotección social y la posibilidad de sufrir consecuencias que generen severas inscripciones, tanto objetivas como subjetivas.

Bibliografía

- Chambers, R. (1983). *Rural development: putting the last first*. Londres : Longman.
- Delor, F. y Hubert, M. (2000). *Revisiting the concept of “vulnerability”*. *Social Science & Medicine* 50 : 1557-157.
- Feito, L. (2007). Vulnerabilidad. *Anales Sis San Navarra* [online]. Vol. 30, suppl.3 [citado 2021-03-02], pp.07-22. Disponible en: http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1137-66272007000600002&lng=es&nrm=iso [Consultado en Abril de 2022]

CAPÍTULO 11

Biografías, Rupturas e Intervención en Lo Social

Algunas aproximaciones a la noción de Ruptura Biográfica

En la biografía de cada uno de nosotros existen una serie de acontecimientos que marcan, de diferentes maneras, su sentido y las circunstancias que pueden servir para comprender y explicar decisiones, conductas, situaciones, dificultades, formas de resolución y tramitación de problemas sociales.

En términos de Intervención en lo Social, la “ruptura biográfica” puede entenderse como la aparición, a partir de una serie de acciones o de forma imprevista, de una condición —deseable, indeseable o inesperada— que tiene la posibilidad de cambiar los esquemas de construcción elemental de la vida cotidiana de las personas.

A partir de estos fenómenos y acontecimientos se construye una estructura de seguridades, significaciones y sentidos que es fundamentalmente novedosa, incompleta o deseada, que cambia la vida de una persona en los diferentes órdenes de la experiencia, identidad, percepción de lo Otro, contexto, el propio cuerpo y lazos sociales e incluso la temporalidad.

En definitiva, podemos considerar como una Ruptura Biográfica a un episodio en la vida de una persona que marca una transformación

de su cotidianidad y desde allí la de su entorno micro social. Autores como Bury (1982), le dan a la noción de ruptura biográfica solamente una connotación negativa:

“La irrupción de una condición indeseable, produce una ‘ruptura biográfica’ que perturba el sistema de seguridad básico sobre el que se apoya el funcionamiento en la vida cotidiana, lo que afecta todos los órdenes de la experiencia: relaciones, identidades, percepción del cuerpo, acceso a recursos, temporalidad, etc.”.

Este concepto comenzó a utilizarse en el campo de la medicina. Michael Bury aplicó el término en relación a la condición de enfermedad, especialmente asociada a episodios traumáticos.

Biografías e Intervención en Lo Social

La idea de Biografía nos permite superar lo estrictamente médico u orgánico, dado que implica el relato de la experiencia individual que —de diferentes formas— revela el sentido de las acciones de una persona. Como construcción subjetiva, la biografía se transforma en un proceso en el que la existencia de sentidos, así como la resignificación de éstos, varía a lo largo del tiempo.

Planteado desde la intervención en lo social, nos permite profundizar en aquellas situaciones de ruptura en la historia de una persona, tanto desde lo traumático como desde las circunstancias que le permitan o faciliten la resolución de esos problemas a partir de la toma de conciencia que propicie un cambio en la biografía personal. Podemos pensar que, a su vez, la Ruptura Biográfica se construye como un instrumento de análisis y explicación de diferentes procesos de cons-

trucción y deconstrucción de subjetividades para lo cual tenemos la posibilidad de plantearla en vinculación con diferentes marcos teóricos conceptuales.

Las rupturas biográficas modifican el escenario en el que está transcurriendo cada historia de vida y muestran al sujeto de intervención posibilidades de adecuación a nuevos escenarios. Estas circunstancias implican, en principio, una alteración de la vida cotidiana, su organización y sentido.

Las entrevistas —signadas por relatos de historias de vida, biografías o acontecimientos significativos— implican en sí mismas una forma de intervención, ya que permiten relacionar los acontecimientos del presente con una revisión del pasado, sumado a las diferentes formas de comprensión, incluso de resolución y cambio de las perspectivas de quienes son escuchados, además de abrir una posibilidad al conocimiento de los distintos procesos institucionales, construyendo, en sí mismas, caminos de reflexión social desde lo individual.

De esta forma, el propio relato construye un escenario de intervención y a su vez se transforma en su instrumento, especialmente a partir de basarse en la propia experiencia de la persona.

El relato biográfico o “historia de vida” es básicamente un documento humano, un relato de experiencias: da cuenta de las acciones de un sujeto, grupo o comunidad en tanto participantes histórico-sociales de la vida social. Los relatos que se construyen en ellos se obtienen desde la propia experiencia, son construcciones de sentido, expresan imaginarios sociales y poseen en sí mismos las claves de su interpretación. La biografía no sólo es relato sino también construcción de acontecimiento.

De esta forma, la intervención vincula historia y contexto allí donde la palabra de ese otro implica una fuerte corriente de sentidos. La intervención en lo social está formada por múltiples relatos que remiten

a diferentes formas de comprender y explicar y que poseen una construcción histórica. En ese aspecto, la intervención —en tanto proceso— implica una revisión de las narrativas sociales en clave de biografías. Desde allí es posible pensar que intervenir es una forma de aprehender, asir, apropiarse, desde la relación social que se construye para, de ese modo, capturar el sentido, la historia que condicionó y cimentó la situación que genera la demanda.

Así, este proceso de reapropiación del pasado —como recuperación de la historia desde la singularidad del sujeto— se transforma en un espacio de conocimiento y transformación. Si todo discurso es una forma de situarse, incluso en aquellos que pretenden ser universales, desde la Intervención se hace necesario que sean contextualizados y que se ubiquen en una realidad definida.

Indagar, analizar y conocer acerca de la “situación” de la demanda desde el discurso de ese Otro con el cual el Trabajo Social lleva adelante sus acciones de intervención, muestra una forma posible de recuperar prácticas y reconstruirlas en relación a las problemáticas actuales, de indagar acerca de la construcción de sentidos, efectos y posibilidades que conlleva una ruptura biográfica, en tanto sinónimo de alteración de un orden. Ésta será un acontecimiento que se desarrollará en la acción del devenir de la propia historia y que tiene la posibilidad de cambiar la dirección de la misma en relación a ese Otro en tanto sujeto de intervención, que probablemente lo cambie en diferentes aspectos.

La mirada a lo micro social no implica dejar de lado lo macro social, sino que intenta construir un marco metodológico que permita dar cuenta de la singularidad y que pueda esencialmente desarrollar dispositivos de intervención que aproximen posibilidades de respuesta en un mundo fuertemente fragmentado. De ahí la importancia renovada que cobran los estudios de caso, la elaboración de historias sociales, ahora desde una mirada biográfica.

Bibliografía

- Bury, M. (1982). Chronic illness as a biographical disruption. *Sociology of Health and Illness*. V. 4, pp. 167-182.
- Bury, M. (2001). Illness narratives: fact or fiction? *Sociology of Health and Illness*. V. 23, N° 3, pp. 263-285.
- Goffman, E. (1970). *Internados*. Buenos Aires : Amorrortu.
- Grimberg, Mabel (2003). Narrativas del cuerpo. Experiencia cotidiana y género en personas que viven con VIH. *Cuadernos de Antropología Social*. N° 17, pp. 79-99.
- Osorio Carranza, Rosa María (2017). El significado del diagnóstico en la trayectoria del enfermo reumático: De la incertidumbre a la disrupción biográfica. *Revista Salud Colectiva*, 13 (2) :211-223.
- Quintero Rondón, A. P. y Rojas Betancur, H. M. (2015). El embarazo a temprana edad, un análisis desde la perspectiva de madres adolescentes. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 44, 222-237. Disponible en: <http://revistavirtual.ucn.edu.co/index.php/RevistaUCN/article/view/626/1161> [Consultado en Abril de 2022]

CAPÍTULO 12

El Ingreso a nuevas formas del olvido. Migraciones y Cuestión Social

“Tienes que entender que nadie pone a sus hijos en un bote a menos que el agua sea más segura que la tierra”.

Warsan Shire (poeta somalí).

Migración, subjetividad y padecimiento

Se deja de pertenecer al lugar de donde se proviene y se es ajeno al que se llega. De esta manera se podría resumir parte de la visión del “extranjero” que a principios del siglo XX proponía G. Simmel. El extranjero se convierte —según este autor— en una representación de la alteridad y exterioridad, logrando poseer un papel relevante y clave en la constitución del “nosotros”, otorgando sentido a la construcción de identidad a través de la diferencia. Muchas veces esa construcción es dolorosa y conlleva una sucesión de pérdidas y esperanzas.

También, migrar implica un doble olvido que se inscribe en la subjetividad, marcando una de las nuevas y complejas formas de padecimiento que pareciera se incrementara en las características actuales de la llamada globalización que propone el siglo XXI. El no pertene-

cer a un todo social constituido y formado por una comunidad fuerte y visible en sus lazos de solidaridad es una las características de los efectos del neoliberalismo y del terrorismo de mercado que se acrecientan al mismo ritmo que la desigualdad y sus consecuencias, entre ellas los múltiples movimientos de población.

La expresión de esas condiciones impuestas a la mayoría de los países desde donde se migra a través de diferentes formas de violencia, económica, política o armada, transcurren y atraviesan a todas las sociedades, pero se hacen más críticas y visibles en los movimientos poblacionales actuales, en los cuales la desesperación por el cuidado y mantenimiento de lo indispensable y la sobrevivencia promueven formas desesperadas de búsqueda de algo que se salga, como una fuga, del orden que genera las diferentes formas de opresión en un mundo desigual y obscuro.

Abandonar lo propio, el espacio en el que desde la niñez se construyen las coordenadas de la identidad, la pertenencia y el sentido, es producto de decisiones que cada vez se aproximan más a la consternación, el terror y el desasosiego. Las migraciones del siglo XXI se inscriben como una forma de huida del hambre, de las guerras, de las masacres, de la falta de futuro, donde los componentes simbólicos del lugar hacia donde se migra prometen resolverlas, casi siempre a cambio de otras formas de padecimiento y sujeción, a veces explicitadas, otras negadas.

Así mismo, este proceso es sinónimo de formas de dolor que se reconocen en saber que la posibilidad de retorno es precaria y lejana, conjugándose con el sentimiento de ser expulsado desde lo propio. Se parte hacia algo semejante a una promesa de transformación, hacia lugares en los que existen algunas posibilidades de construcción de certezas, muchas veces de manera engañosa, en un mundo donde la subjetividad está colonizada por la meritocracia como ensueño pu-

blicitario del capitalismo financiero, donde sobresalen la ausencia y el desprecio de lo colectivo.

Por otra parte, la comunicación global hace que la información imponga que los que viven en los países más castigados por la desigualdad sepan que existen lugares con posibles y potenciales oportunidades mucho mejores que el lugar en que habitan, especialmente comparando la capacidad de adquirir bienes en un sitio u otro, lo que construye una serie de expectativas relevantes.

La migración implica la posibilidad de pérdida de capacidades y habilidades situadas en un lugar definido, relacionadas con el capital social y cultural de quien migra. Comporta así la necesidad de recuperación o la adquisición de otras capacidades, muchas veces de manera apremiante y desesperada. A su vez, el fantasma de la migración como única salida se entromete en la vida cotidiana, las relaciones sociales y las perspectivas de los que se quedan.

Migraciones y racismo

El siglo XXI se presenta como un tiempo de migraciones apremiantes que se producen a partir de políticas restrictivas, calamidades humanitarias, guerras, discriminación y especialmente dolor.

En 2017, los datos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) mostraron que el desplazamiento forzado de poblaciones llegó a un nuevo record histórico: 68,5 millones de personas, lo que marca que una persona fue desplazada cada dos segundos durante ese año. El mismo organismo informa que “el número de solicitantes de asilo que esperan el resultado de sus solicitudes ha aumentado en aproximadamente 300.000, alcanzado los 3,1 millones, para fines de diciembre de 2017”. De esta forma, 2017 es el quinto año

consecutivo en que se llegó a un máximo histórico.¹⁰ Las migraciones actuales ponen en cuestión las ideas clásicas de ciudadanía, nación y soberanía, generando formas novedosas de identidad y arraigo, conflictividad y puja que llegan hasta tensionar en algunos casos las relaciones entre diferentes Estados Nación.

A su vez, son utilizadas políticamente por las nuevas formas de los autoritarismos de extrema derecha, generando campos de refugiados, persecuciones, reacciones xenófobas, divisiones societarias y especialmente una forma de odio que se convierte en un siniestro instrumento de dominación. La propuesta anti inmigrantes se presenta como una tentadora forma de conseguir consenso y votantes en sociedades donde el Otro es construido como un enemigo capaz de disolverlas o generar más desigualdad. Mientras que, paradójicamente, los mismos intereses económicos y políticos que utilizan estas estrategias de construcción son los que generan las condiciones económicas, políticas y sociales que construyen los escenarios desde donde se migra.

Esa visión ha logrado colonizar el sentido común y se presenta como algo tan evidente que se transforma en invisible, avanza lentamente hacia límites aún no resueltos y se está transformando en uno de los argumentos principales de las nuevas derechas. Una forma de aproximación a las características de estas cuestiones se puede observar en la multiplicación de los llamados “grupos de odio racial” que se expanden de manera siniestra y peligrosa en diferentes países del mundo.

10. Agencia de la ONU para los Refugiados. Disponible en: <https://www.acnur.org/noticias/stories/2018/6/5b2922254/desplazamiento-forzado-alcanza-el-record-de-685-millones.html> [Consultado en Abril de 2022.]

Junto con el crecimiento de grupos nacionalistas blancos en Europa, grupos similares en EEUU pasaron a un enérgico activismo en las calles, con protestas, difusión de propaganda racista y de desarrollo de campañas en las universidades de ese país.

Desigualdad social y movimiento de poblaciones.

El despoblamiento y las aglomeraciones urbanas. Los procesos de estigmatización

Las migraciones son producto de desmedidas oscilaciones macroeconómicas que, año tras año, se ven más agudizadas y que se reflejan sencillamente en la distribución de la riqueza a nivel mundial. Además, los movimientos poblacionales transforman la geografía que se abandona, haciéndose de esa manera más difícil el retorno. En otras palabras, el vacío que los inmigrantes dejan es una ausencia que se transforma en pérdida de afectos, cultura, saberes y genera aún más deterioro económico.

La distribución espacial que queda como resultante del movimiento poblacional es en sí misma problemática, compleja, afectando no sólo al que migra sino igualmente a los que quedan. Al generar un descenso de la población, el éxodo muchas veces trae como consecuencia problemáticas relacionadas con el despoblamiento y sus efectos en lo territorial, tal cómo la pérdida de servicios y equipamiento, el deterioro de la accesibilidad a las políticas públicas, el desaprovechamiento de la capacidad instalada, lo que produce —entre otras dificultades— la desertización socioeconómica y la conformación de un territorio que queda desvertebrado a partir de la distribución desigual de la población. Por otra parte, otra consecuencia es el aumento de conglomerados urbanos heterogéneos con espacios en disputa, que conviven

con la discriminación y la xenofobia. Es posible vincular el fenómeno de los movimientos poblacionales con factores multicausales. El capitalismo financiero en su forma de neoliberalismo construye una forma de pensamiento global en el que el atravesamiento marcado por las nociones de inclusión y exclusión social insinúa o expresa la existencia de poblaciones que autores como Zygmunt Bauman explican como un “excedente económico”. De esta manera, tal como señala Bauman (2017), las migraciones no significan una novedad, siempre existieron, pero a partir de la globalización alcanzaron características singulares. El mundo neoliberal implica la producción de excedentes de personas “superfluas”, que se ven forzadas a migrar para buscar mejorar sus condiciones de vida o para escapar de las guerras. Así, gracias al neoliberalismo, la condición humana se transformó en un simple dato macroeconómico alejado de la cultura, de lo colectivo, del todo social. Mientras en un extremo, sectores de la población temen perder su trabajo, su estabilidad, su condición social, en el otro, muchos que ya lo perdieron todo no dudan en desplazarse en busca de horizontes diferentes que podrían ser más promisorios.

Los últimos años se caracterizaron por la existencia de movimientos migratorios en el mundo entero. En América Latina, por ejemplo en Venezuela, se puede observar una migración forzada como mecanismo de supervivencia debido a la alteración socioeconómica que generaron las sanciones, bloqueos y acciones políticas de desestabilización, sumado a los problemas estructurales.

También existen movimientos poblacionales dentro de los países, a partir de las desigualdades, el quiebre de las economías regionales, el avance del monocultivo, las violencias y las guerras. Otro movimiento poblacional que conmueve estas décadas es el de las caravanas que partieron de diferentes países de Centro América y que se movilizaron hacia México con el propósito de llegar a Estados Unidos, que

pueden entenderse como producto de la inestabilidad política, la pobreza, el desempleo y la violencia que se vive en esa región. La caravanas conforman generalmente con ciudadanos de diferentes países que se van sumando por condiciones similares.

En México se vivieron las migraciones en dos planos; por un lado, la aparición de inmigrantes provenientes de las caravanas de Centro América y por otro, la hostilidad manifiesta de los EE UU para con los mexicanos y latinoamericanos que pretenden migrar a ese país o que lo habitan en condiciones de “ilegales”.

En Argentina, surgieron fundamentalmente discursos estigmatizantes y de segregación relacionados con algunos grupos migrantes, reafirmando desde el discurso oficial durante el gobierno de Mauricio Macri (2015-2019) la importancia de generar control y selección de poblaciones. En muchos casos, estas cuestiones crearon situaciones de violencia, encierro, formación de campos de refugiados que se transformaron en guetos, generándose situaciones de padecimiento de todo tipo que transformaron a los inmigrantes en un una especie de causantes de los desequilibrios económicos y desigualdades que produce el modelo neoliberal.

Además, el inmigrante es chivo expiatorio y se lo utiliza para explicar los males de la desigual distribución de la riqueza que se genera en las sociedades actuales, concibiendo una especie de reaparición de un Otro, ahora amenazante, que rápidamente ingresa a las categorías de Estereotipo, Prejuicio y Estigmatización.

En las sociedades en las —que como una condición natural— la desigualdad es impuesta desde lo económico, lo político y lo cultural, la emergencia de esa nueva otredad implica pujas de orden territorial, laboral y principalmente de acceso a las estrategias de sobrevivencia.

Ese nuevo, recién llegado, es condenado de diferentes formas a permanecer en los bordes de la sociedad como una amenaza. Y dentro de

ella es visto como el portador de un fatalismo que generará un futuro más incierto e injusto. De esta manera, el extranjero es construido como una entidad sin condición humana para ser reconocido, en una especie de “forma social” que se nombra como: “indocumentado”, “ilegal”, “producto de una inmigración descontrolada”, “riesgo social”, etc., dificultando e impidiéndole la posibilidad de ser con otros.

También en sociedades donde la construcción de identidad y pertenencia ha sido apropiada por el mercado, ese Otro, en tanto diferente, se transforma en un mecanismo de construcción de identidad a través de la proyección y el rechazo.

Así, el extranjero, el migrante, puede ocupar el lugar de lo siniestro conjugando de manera compleja formas de extrañeza y familiaridad para ingresar en la pesadilla de la discriminación, el engaño, donde la única certeza que se construye es una especie de promesa de la imposibilidad de estar peor que en el lugar desde donde se proviene.

Lazo Social, Interculturalidad y posibilidades de la intervención en lo social

La construcción de espacios de encuentro, comunicación e intercambio muestra la posibilidad de generar escenarios para el desarrollo de intervenciones sociales que operen sobre los lazos sociales, reconstruyendo los que se deterioran o pierden en un proceso migratorio. La intervención se ubica, entonces, en el lugar donde el fenómeno de la migración interroga y se transforma en una forma de padecimiento.

Las relaciones sociales que se generan desde lo intercultural se apoyan en el reconocimiento de la diversidad y en la perspectiva de que el respeto y aceptación de ésta implica un beneficio mutuo. La

interculturalidad surge como una preocupación y también lo hace a partir de un cuestionamiento que implica un reconocimiento de la diversidad en todas sus esferas. Básicamente se la puede entender como un proceso de interacción entre diferentes culturas en la perspectiva de lograr formas de intercambio que generen más y diferentes posibilidades de cohesión e integración social en contextos complejos, como una forma de resistencia y enriquecimiento de lo colectivo.

Al partir de la base de la no aceptación de supremacías de ningún tipo, la interculturalidad se posiciona desde miradas y abordajes horizontales en escenarios de reconocimiento de lo Otro.

Básicamente, la noción de interculturalidad no abarca solamente a la relación entre las cultura. Esta cuestión sería una especie de medio para lograr intercambios y reciprocidades que abarquen saberes, formas de conocer, habilidades y capacidades.

La interculturalidad, se nos presenta como un interesante ámbito para construir dispositivos de intervención social en los que la inclusión de lo diferente puede ser entendido como un horizonte cargado de sentido y posibilidad de aporte al todo social. Esta mirada podría mostrar cómo las migraciones generan diferentes formas de reflexión que poseen la potencialidad de aportar no solamente a ese proceso sino también a una mirada revisada sobre la diversidad que también se puede construir alrededor de las características culturales propias.

La intervención en lo social tiene la posibilidad de ordenarlas, organizarlas y especialmente hacerlas ver en función de sus implicancias y capacidades de integración o ruptura del tejido social.

Desde esta perspectiva, la interculturalidad se presenta como una posibilidad desde lo ético. Así, no se puede entender sólo como un mero instrumento de intercambio entre personas de culturas

diversas, requiere de la generación de un diálogo con capacidad de cuestionar las relaciones de desigualdad y discriminación que atraviesan a toda la sociedad.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2017). *Extraños llamando a la puerta*. Barcelona : Editorial Paidós.

ÍNDICE

Presentación

Una necesaria mirada a la historia en clave de presente y futuro	7
--	---

Capítulo 1

Hacia una topografía del pensamiento descolonial	9
<i>Lo social como cuestión en Nuestra América</i>	9
<i>La cuestión social desde una perspectiva americana. La lucha por la dignidad y la solidaridad</i>	13
<i>Cohesión Social, integración, solidaridad</i>	14
<i>La cuestión social hoy. Una mirada desde la intervención en lo social</i>	19
<i>La genealogía de la cuestión social</i>	20
<i>Bibliografía</i>	21

Capítulo 2

Algunas consideraciones sobre la noción de Exclusión Social y el concepto de Re-Inscripción	23
<i>La Inscripción y la Dimisión</i>	23
<i>La Reinscripción</i>	26
<i>Bibliografía</i>	27

Capítulo 3

Dispositivo, Deseo y Acontecimiento. La intervención y la construcción de saberes	29
<i>Intervención, Deseo</i>	29
<i>Conocimiento, Deseo, Dispositivo</i>	31
<i>Bibliografía</i>	32

Capítulo 4

La noción de Capital Social y la Intervención desde una perspectiva situada	33
<i>Algunas aproximaciones</i>	33
<i>Capital Social e Intervención Social</i>	35
<i>Bibliografía</i>	37

Capítulo 5

El Territorio como dispositivo de intervención en lo social	39
<i>Algunas aproximaciones a una definición de Territorio en clave de intervención en lo social</i>	39
<i>Dispositivo, Territorio y Acontecimiento</i>	42
<i>Dispositivo, Territorio y Poder</i>	45
<i>Bibliografía</i>	48

Capítulo 6

La escucha como proceso	49
<i>Una mirada al contexto</i>	49
<i>La Escucha</i>	50
<i>La Escucha Activa</i>	53
<i>La Escucha, los cuerpos, las instituciones y la visión de lo Otro</i>	54
<i>La Escucha y las Problemáticas Sociales Complejas</i>	58
<i>Bibliografía</i>	60

Capítulo 7

La negación de lo Otro como violencia. Pensamiento descolonial y cuestión social	61
<i>Pensar Situado y colonialismo cultural</i>	61
<i>La Otredad como búsqueda de respuestas</i>	64
<i>Violencia y colonización</i>	65

<i>Bibliografía</i>	70
---------------------	----

Capítulo 8

La Subjetividad como terreno de disputa	71
<i>La subjetividad en América</i>	71
<i>Neoliberalismo y subjetividad</i>	73
<i>Los procesos de subjetivación</i>	74
<i>Subjetividad como terreno de disputa</i>	75
<i>Bibliografía</i>	76

Capítulo 9

Lo Social y las nuevas corporalidades. Una mirada desde la Intervención	77
<i>La construcción de la noción de cuerpo</i>	77
<i>Cuerpo e Intervención Social</i>	80
<i>Bibliografía</i>	84

CAPÍTULO 10

Vulnerabilidad Social: una mirada desde la Intervención	85
<i>Algunas aproximaciones</i>	85
<i>Vulnerabilidad Social como proceso</i>	86
<i>Bibliografía</i>	88

Capítulo 11

Biografías, Rupturas e Intervención en Lo Social	89
<i>Algunas aproximaciones a la noción de Ruptura Biográfica</i>	89
<i>Biografías e Intervención en Lo Social</i>	90
<i>Bibliografía</i>	93

Capítulo 12

El Ingreso a nuevas formas del olvido. Migraciones y Cuestión Social	95
<i>Migración, subjetividad y padecimiento</i>	95
<i>Migraciones y racismo</i>	97
<i>Desigualdad social y movimiento de poblaciones.</i>	99
<i>El despoblamiento y las aglomeraciones urbanas. Los procesos de estigmatización</i>	99
<i>Lazo Social, Interculturalidad y posibilidades de la intervención en lo social</i>	102
<i>Bibliografía</i>	104

